

CAPITULO IX

1813

ANTONIO NICOLAS BRICEÑO

RESUMEN:

Juramento de fidelidad. — Insubordinación del mayor Santander. — “O usted me fusila a mí...”. — La semilla de mostaza. — Correa se retira de Mérida. — Bolívar aclamado Libertador. — Entusiasmo que engruesa sus filas. — Restablecimiento del gobierno en Mérida. — Entrada en Trujillo. — Barrera puesta por el Congreso a la expedición. — No era posible dejar perder los esfuerzos y sacrificios hechos. — Antonio Nicolás Briceño. — Su educación y distinción. — Su sobrenombre de “El Diablo”. — Sus reyertas con Bolívar en 1807. — Elogiado por José Domingo Díaz. — El demonio resucitado o reencarnado. — El compromiso de Cartagena. — “Exterminar la raza maldita de los españoles”. — Ascensos según el número de cabezas que se cortasen. — Seis extranjeros y dos venezolanos refrendan el documento. — Bolívar y Castillo imprueban las cláusulas asesinas. — Se oponen a que comande un cuerpo de tropas independientes. — Declara la guerra a muerte en San Cristóbal. — Salvaje ejecución de dos españoles y envío de sus cabezas sangrientas a los dos jefes republicanos. — Ordena Bolívar que lo prendan para juzgarlo. — Huye. — Desbarata Yáñez con 500 hombres su mísera caballería. — Sacrificio de él y de casi todos sus compañeros. — Rectificación del concepto de cobarde que le atribuye Bolívar. — Las varoniles respuestas de Briceño ante el tribunal que lo juzgó. — Grandeza de Briceño para con Izarra. — Sentencia y ejecución.

“Las tropas de Nueva Granada no podrán emplearse sino en la libertad de Venezuela”. Con esta medida entendía el Congreso, entre otras cosas, ponerse a cubierto de cualquier conato

desavenencias de Castillo y la conducta de Santander habían reducido a 500 hombres la excelente división patriota que ya había contado 1.000 soldados. Con estos pobres recursos emprendió la expedición de la libertad.

“¡General, si dos hombres bastan para salvar la patria, yo seré el segundo!” Quien así habló al brigadier fue el coronel Rafael Urdaneta, joven oficial venezolano, de Maracaibo, educado en Nueva Granada, que había acompañado al ejército desde Ocaña. Bolívar lo puso a la cabeza de la división que había comandado Santander, y desde aquél día comenzó a brillar como estrella de primera magnitud en la gesta libertadora.

Bolívar había situado su vanguardia a las órdenes del coronel Atanasio Girardot en el pueblo de Bailadores, después de la victoria alcanzada en La Grita por Castillo. Esa derrota y el audaz movimiento del caudillo republicano fueron una seria lección que aprovechó Correa para retirarse a la altura de Pomenesa con sus 1.000 hombres y dar paso franco hacia Mérida y sus aledaños a las columnas republicanas constantes de 800 hombres a la sazón: 500 de vanguardia a órdenes de Girardot y 300 de retaguardia capitaneados por Ribas.

No aguardaron su llegada los merideños. Libres de la presencia del realista, proclamaron su libertad y se dispusieron a hacer uso de su derecho y autonomía. Ardía entre ellos el entusiasmo y rivalizaban en pasión los hombres por agregarse a las huestes que se aproximaban. La palabra encendida de Bolívar, ya saludado como Libertador, había volado por encima de las cabezas de los ocupantes realistas y burlado su vigilancia; la marcha y la llegada de sus tropas habían sido precedidas por la fama, mensajero invisible y sutil, y por dondequiera se observaba en la provincia el hervor y el contagio del entusiasmo que hacía al grueso de los expedicionarios en cierto modo no sentir en sus cuerpos las graves incomodidades de sus marchas forzadas por las fragosas, frías y casi interminables rugosidades y precipicios de los Andes merideños. El jefe que las conducía, si primero en la gloria, era también el primero en el ejemplo y en la resistencia física. El resultado no podía ser otro: las tropas republicanas, como lo había previsto y anunciado a las supremas autoridades granadinas, continuaron su marcha impertérrita

hasta la ocupación de la preclara ciudad, que se efectuó el 30 de mayo, es decir, quince días después de movilizadas de San Cristóbal. El mismo deseo y resolución siguió en aumento como era natural durante toda esa admirable campaña de 1813 que culminó en la ocupación de Caracas.

¡Qué mucho si la persuasión que operaba y la confianza que irradiaba como cualidad íntima y comunicativa, indispensable al verdadero conductor, hacían susurrar desde su campaña de Cúcuta el glorioso apodo de Libertador; pero en Mérida, dejó de ser un mero murmurio sordo para convertirse en aclamación pública y sonoridad de trompeta al resonar en el aire las voces jubilosas de Viva Bolívar, viva el Libertador!

Afectos y emociones habían sido hasta aquí pródigos en su vida. Al conjuro del amor había latido más de una vez blandamente su corazón, y se había precipitado la sangre de sus venas en corriente tumultuosa; paz sedante, placidez olímpica había sembrado en su ser la risueña naturaleza, se la había impuesto la apreciación del arte; al conjuro de la historia, ante la primera etapa de la vida del Corso, pacificador y organizador de Francia, había sentido la gloria aletear también en torno de sus sienes; conocía las amargas tristezas del destierro; y más de año y medio hacía que el clarín guerrero le llenaba de las agitaciones y ardores épicos que lo prolongaban prematuramente a la historia y lo anticipaban al porvenir; pero este grito de ¡Viva el Libertador! trajo a su espíritu, a sus nervios, a su sangre, a su corazón, un género nuevo de sentimiento que inefablemente resumía todas sus experiencias. Era a un tiempo grito de amor, de paz, desgarramiento de entrañas, belleza de vida, dolor, exaltación y épica llamada al deber.

Diez días tan sólo permanece en Mérida y en diez días repone en sus funciones a los miembros de la municipalidad y el gobierno supeditados por los fugitivos realistas. Ese corto tiempo bastó para organizar la provincia.

Ya está en Trujillo. He aquí cumplida la comisión del congreso. Mérida y Trujillo han sido restituidas a su libertad.

“De aquí no pasarás”, decía la barrera que le habían erigido sus protectores. Mas es pueril que tantos sacrificios se



GENERAL EN JEFE RAFAEL URDANETA

hayan consumado para dejar morir una empresa victoriosa permitiendo que en la inacción se reponga, cobre alientos, realce su arruinada moral el enemigo, hiriendo de muerte la de los amigos, y en violenta y arrolladora cometida las hordas realistas que pasan de 15.000 unidades aplasten a los escasos componentes del "ejército de hermanos" que no pasan de 1.000 hombres. No hay otro camino que seguir obrando y maniobrar con audacia, energía y rapidez.

Es preciso detenernos largo trecho en Trujillo para acompañar a Bolívar en uno de los episodios de su vida que han suscitado más comentarios y provocado juicios más contradictorios de escritores americanos y extranjeros: el Decreto de Guerra a Muerte. Para ello es forzoso que nos refiramos una vez más al coronel Antonio Nicolás Briceño, "El Diablo", por ser uniforme en los historiadores relacionar sus actos sanguinarios con la medida en sucesión lógica de causa y efecto, y por sintetizar sus ímpetus, su carácter de suyo discolorado, tal como finalmente lo modificaron y extremaron los acaecimientos de su patria, ese estado de locura colectiva, locura de sangre que por cerca de ocho años anegó a los países teatro de las hazañas bolivianas.

Si alguno estaba llamado a guardar un equilibrio y moderación ejemplar en medio de las novedades de la patria, ese es Antonio Nicolás Briceño, hombre ilustrado, doctor en Derecho, de familia sobresaliente en la culta sociedad caraqueña. Es verdad que su genio inquieto y turbulento, ya antes de la revolución le había valido el apodo de "El Diablo" con que le conocían en los círculos de su vecindario. A este efecto deben recordarse las rencillas que poco faltó para que se convirtiesen en acaecimientos trágicos, ocurridos en 1807 entre él y el entonces teniente de milicias don Simón de Bolívar, su pariente político, suscitadas por él, según la mejor interpretación del proceso que se levantó por ese motivo, por cuestiones de linderos entre propiedades de su esposa, la bella Dolores Jerez Aristeguieta y Gedler, una de las nueve hermanas apodadas "las Nueve Musas", y de Bolívar. (1)

(1) Véase Apéndice N° 2.

Pero acaso había ocurrido en los cinco años que transcurrieron hasta el de 1813 una modificación de su manera de proceder, obra de la educación aquilatada por el ejercicio de su profesión de abogado, y los altos destinos que desempeñó: miembro del Colegio de Abogados, Secretario del Congreso Nacional, miembro de la Alta Corte de Justicia, componente del Poder Ejecutivo Nacional.

Tomó "gran parte en la salvación de los cómplices de la revolución de Valencia" contra el régimen patriota de 1812, tanto es así que se hizo acreedor a un elogio por "prudente y moderado", de la pluma de José Domingo Díaz, aquel venezolano irreconciliable enemigo y calumniador de la independencia y sus hombres.

O dormía en su espíritu un demonio truculento que no hizo sino despertar ante las violencias e infamias de Monteverde y sus secuaces, o habiéndose extinguido ese genio turbulento de que hemos hecho mérito, otro mucho más feroz y sanguinario encarnó en él, que lo llevó a excesos execrables.

Ello es que escapado de las garras de Monteverde llegó de Curazao a Cartagena como tantos otros, a mediados o en las postrimerías de 1812. "Iba", dice Juan V. González, "en el acceso de una sombría cólera, respirando sangre y venganza".

En manera alguna extrañamos su odio, que no iba en zaga a ninguno de los expatriados. Lo grave en este hombre ilustrado y distinguido era la forma troglodítica, asesina, como anidaba en su corazón, sediento de sangre española.

Briceño, en Cartagena, procuró formar por su cuenta un cuerpo de caballería; y al efecto redactó un compromiso que habían de firmar sus adherentes o reclutas, el que incluía su plan de guerra. La generalidad de sus catorce cláusulas puede pasar, porque la severidad de que adolecen tocante a incautación, confiscación y reparto de los bienes de los españoles y castigo de la cobardía de los soldados patriotas, no son una novedad en la práctica de la guerra; pero la 2ª y la 9ª sobrepasan los límites de lo humano. Rezaba el preámbulo: "En nombre del pueblo de Venezuela se hacen las proposiciones siguientes con el objeto

de libertar a mi patria del yugo infame que sobre ella pesa. Yo las cumpliré exacta y fielmente pues que las dicta la justicia, y que un resultado importante debe ser su consecuencia”.

La 2ª cláusula es de este tenor: 2ª: *como el fin principal de esta guerra es el de exterminar de Venezuela la raza maldita de los españoles de Europa, sin exceptuar los isleños de Canarias, todos los españoles son excluidos de esta expedición, por buenos patriotas que parezcan, puesto que ninguno de ellos debe quedar con vida, no admitiéndose excepción ni motivo alguno. Como aliados de los españoles, los oficiales ingleses no podrán ser aceptados sino con el consentimiento de la mayoría de los oficiales hijos del país”.*

He aquí la cláusula 9ª: “Para tener derecho a una recompensa o a un grado, bastará presentar cierto número de cabezas de españoles o de isleños canarios. El soldado que presente veinte será hecho abanderado en actividad; treinta valdrán el grado de teniente, cincuenta el de capitán, etc.”

Este infernal documento fue refrendado por seis aventureros foráneos: Antoine Rodrigo, Capitán de Carabineros; Joseph Debraine; Louis Marquis, Teniente de Caballería; George H. Delon; B. Henríquez; L. Caz y dos venezolanos: Juan Silvestre Chaquea y Francisco de Paula Navas. El texto de la antefirma, quizás redactado por el mismo doctor Briceño para más comprometer a sus secuaces de habla francesa, iba escrito en francés y era como sigue: *Nous soussignés, ayant lu les dites propositions, acceptons et signons le présent, pour s' y conformer en tout, selon ci-dessus écrit, en foi de quoi nous mettons de propre volonté et de notre main nos signatures.*

Ya se hallaba en Cúcuta Bolívar cuando se presentó a él y su segundo Castillo el doctor Briceño: “¡Imposible sancionar esos bárbaros artículos 2º y 9º que harían una guerra sin nombre en los anales de la barbarie! No debe sancionarse por ahora sino la muerte de aquellos que sean cogidos infraganti con las armas en la mano, en el campo de batalla, en la lucha activa contra la patria y su libertad; nunca los que parezcan inocentes”. Tal fue el tenor de la reacción que produjo el documento en el ánimo de Bolívar y Castillo cuando en abril de 1813 no se había

roto aún la armonía de los dos próceres, quienes se opusieron también a que el fanático coronel capitaneara un cuerpo de caballería independiente, sin los elementos indispensables para poder enfrentarse con la menor esperanza de éxito a un ataque, por débil que fuese, del enemigo, cuyo triunfo serviría para envalentonarlo y para disminuir el aliento y entusiástica disposición de los débiles contingentes patriotas.

Pero el hombre era incorregible. Pasando a San Cristóbal hizo publicar un bando reafirmador de las bárbaras cláusulas del compromiso y declaratorio de la guerra a muerte con el aditamento de la libertad para los esclavos que asesinasen a sus amos peninsulares o canarios. Y para sancionar el precepto con el ejemplo, hizo inmolar a dos ancianos canarios de más de ochenta años, amados por el pueblo, honrados, trabajadores y pacíficos, y segregándoles las cabezas las envió como infernales presentes una a Bolívar y otra a Castillo, con carta remisoria cuya primera línea estaba escrita con la roja tinta que derramaron las venas de los infortunados.

“¡Estas son las cosas de “El Diablo!””, exclamó Bolívar lleno de horror y espanto. Igualmente Castillo sintió sacudirse de indignación todo su ser. “¡Que prendan a ese criminal para juzgarlo en consejo de guerra!”. Pero, acaso consciente de su crimen y presintiendo el castigo, avisado quizás por algún sutil espía, cuando a San Cristóbal llegó para sujetarlo Pedro Briceño Pumar, ya se había escapado con su gente en plan de guerra independiente de toda autoridad. El remate de la loca aventura fue que atacado cerca de Guasqualito por una división de quinientos hombres de Yáñez, sus flamantes jinetes abandonaron todo orden y formación, y así fueron vencidos sin más esfuerzo. Los que no murieron alanceados en el campo de batalla, excepto unos pocos que lograron la salvación en la fuga, cayeron prisioneros y fueron ejecutados en Barinas, a más de algunos vecinos inocentes a quienes se condenó por el simple hecho de ser amigos o conocidos de Briceño.

Es fuerza que rectifiquemos un juicio de Bolívar sobre Briceño. En comunicación al Congreso de la Unión, lo caracteriza como “intruso militar sin armas de fuego, sin municiones, sin

cartuchos y *aún sin valor*". Dígase lo que se quiera de "El Diablo", en nuestro concepto no puede negársele el valor en manera alguna. Cobarde es quien en el trance de la muerte muestra la bajeza y miedo de un Zuazola, pongamos por caso, que tiembla, llora, se humilla y suplica el favor de que se le conserve la vida y no vacila en los medios, aunque sea a costa de sus compañeros, para que se le conceda el beneficio de seguir disfrutando de la luz del sol. No podríamos hacer mejor reseña de los últimos momentos de Briceño que la trazada por la pluma inmortal de Juan Vicente González.

"Pero si Briceño fue cruel, inflexible con sus contrarios, él no fue bajo ni pretendió desarmar su cólera con súplicas ni comprar la vida con promesas. Desde el principio, sin temor, sin jactancia, había tomado el partido de morir. El fiscal de la causa, don José Martí, se trasladó a la cárcel, y llamado a responder, Briceño apareció con un par de grillos y esposas en las manos, tan tranquilo y sereno que llenó de admiración. Preguntado por su edad, ocupación y por el lugar de su nacimiento, "tengo treinta y un años", dijo (*Nel mezzo del cammin di nostra vita*), 'soy abogado, pero en el día soy coronel por el gobierno subvertido de Cartagena; nací en el pueblo de Mendoza, jurisdicción de Trujillo, Venezuela'. Sin sutiles rodeos él confesó francamente su pacto de Cartagena, la muerte de los españoles de San Cristóbal, su resolución de exterminarlos de Venezuela. Cuando (5ª pregunta) se le examinó acerca de la expedición que capitaneaba Bolívar, Briceño no puede contenerse y se entrega al placer de intimidar: "Simón Bolívar, dijo, se halla de general en jefe del referido ejército; el bravo José Félix Ribas, declarado coronel por el congreso, manda ahora doscientos hombres con que auxilió Nariño a dicho ejército, así como con igual número de fusiles, veinticinco artilleros, cuatro piezas de cañón, algunas municiones y dinero; Miguel Carabaño, con el grado que tenía en Caracas, disciplina un batallón dentro de la plaza de Cartagena; y Fernando Carabaño se halla en el ejército que estaba en Sabanilla para atacar a Santa Marta al mando del coronel Chatillón, con el número de 800 hombres más o menos, Pedro Arévalo y Cortés son coroneles en Cartagena; Francisco

y Marcos Ribas oficiales todos animados con la esperanza del triunfo”.

“A la décima pregunta: ¿qué motivo tiene para proceder con tanta fiereza, persiguiendo con el mayor encono el gobierno monárquico español, matando a los españoles europeos, por sólo haber nacido de la otra parte del océano? Briceño contesta ‘que a pesar de los sentimientos que ha tenido siempre en favor de los buenos españoles, defendiéndolos en el congreso cada vez que fue necesario, alabando las virtudes de los que lo merecían y haciendo se les declarase en la constitución iguales derechos a los hijos del país; después de haber tenido gran parte en la salvación de los cómplices en la revolución de Valencia; viendo que en compensación, después de la capitulación de Monteverde y de la ruina y desolación en que estaba Caracas a causa del temblor de 26 de marzo, se habían violado los pactos, arrojando en terribles prisiones a sus principales habitantes, donde habían perecido algunos por el tratamiento que se les daba; y sabiendo además por las gacetas inglesas que llegaron a Cartagena la ejecución de mil americanos ordenada por el señor Venegas en una ciudad de Méjico, sin otro delito que haber nacido allí, empleó la práctica que conforme al derecho de gentes se hacía en Cartagena a los europeos que se cogían en Santa Marta. Mi plan fue un ardid militar, creyendo que con una proposición de esa naturaleza publicada en términos que llegase a noticia de los españoles abandonasen el país sin grande efusión de sangre. Tal fue el motivo que tuve para estampar dichas proposiciones menos con ánimo de cumplirlas que con el de concluir la guerra a poca costa, como lo pueden decir los oficiales que me acompañaban y la orden comunicada claramente en Teteo para no matar sino los que se resistiesen en la acción de guerra”.

“Entre sus doce compañeros los hubo de todos los países y de todas las edades. Hubo un suizo de setenta años; un niño de diez y seis. Y todos se mostraron dignos de aquellos momentos; a Buenaventura Izarra, que se mostró tímido, enamorado de su vida, Briceño y Baconet le acusaron de ebrio y le echaron en rostro su debilidad. Todos fueron valientes aquel día, sin que ninguno diese a sus jueces el orgulloso placer de verlos suplican-

tes, humillados. Cuando se comparece delante de la victoria, el papel del hombre de valor es envolverse en su manto y morir.

“La sentencia del consejo de guerra de 12 de junio no sorprendió a nadie: ‘el Consejo’, dice, ‘ha condenado y condena a Antonio Nicolás Briceño a que sufra la pena de muerte y le sea cortada la cabeza y mano derecha, que se pondrán en los parajes más públicos a extramuros de esta ciudad; a Pedro Baconet, a Nicolás Leroux, a Antonio Rodríguez, a Marcelo Solage, a Ramón Mena, a José Antonio Montesdeoca y a Toribio Rodríguez, a ser pasados también por las armas; a Bernardo Paner y Buenaventura Izarra a que sean destinados a presidio por diez años; a Pedro Briceño y Gregorio Herrera, que se les destine en calidad de soldados a uno de los cuerpos o compañías que el señor capitán general tenga por conveniente; y a Eugenio Ruiz que se le ponga en libertad’.

“El 15 de junio, a las dos de la mañana, después de haber recibido el viático el coronel Briceño, suplicó al comandante de la real cárcel que llamase a Buenaventura Izarra; y conducido éste a su presencia, le pidió perdón de rodillas diciendo en alta voz a los oficiales presentes: ‘señores, Izarra está inocente, soy la causa de que padezca, pues desde San Cristóbal a San Pedro se desertó tres veces, y otras tantas fue preso por mi orden, intimándole lo pasaría por las armas como volviese a reincidir: lo declaro por el terrible momento en que me hallo y para descargo de mi conciencia’. Desde la capilla salvó del presidio al desgraciado Izarra.

“Ejecutóse la sentencia a las ocho de la mañana. Briceño iba delante de sus compañeros al son de un tambor y acompañado de un sacerdote; y así atravesó el camino que conducía de la prisión al suplicio. Marchaba con paso firme, como si no le esperase la muerte”.

No está por demás la reproducción de estas épicas páginas para justificar la impugnación hecha al concepto de cobardía atribuido por Bolívar con bastante ligereza a este hombre, si extraviado, exaltado y sobremanera cruel, modelo de entereza, serenidad y valor. No, repetimos, contradiciendo el juicio de Bolívar, Antonio Nicolás Briceño no era un cobarde; era un

valiente de aquellos que hicieron posible la revolución y su triunfo ante la enorme superioridad de las huestes españolas, aguerridas, bien provistas de elementos de guerra y de boca, y no obstante la renuncia de las masas americanas a luchar contra su Rey y Señor.

Sólo hay en las declaraciones de Briceño una que podría tacharse de subterfugios destinados a desarmar a sus jueces. Porque es evidente que su acta de persecución no era tan sólo pretexto para intimidar a los peninsulares y canarios: lo proclama con toda certidumbre la ejecución de los infelices españoles de San Cristóbal. Pero este detalle no es suficiente para desvirtuar su valor y la hombría con que afrontó su destino.

CAPITULO X

1813

GUERRA A MUERTE

RESUMEN:

Exaltación general: Briceño, Vicente Tejera, Miguel Carabaño, Camilo Torres: sus excitaciones a los venezolanos. — Génesis de la Guerra a Muerte. — No fue la ejecución de Briceño lo que inspiró el decreto de Trujillo. — El decreto fue objeto de muchas consideraciones: la violación del derecho de gentes en Venezuela, Quito, La Paz, Mejico, Popayán etc. — La Proclama amenazante del 8 de julio. — La adhesión del pueblo a la monarquía: necesidad de estímulos de todo orden para atraerlo a las filas. — Necesidad de impresionar por el dominio de la fuerza. — Urgencia de establecer diferencia entre “españoles” y “americanos”. — Nulo resultado de la benignidad practicada por los patriotas de los años 10 y 11. — La dantesca visión de los suplicios y cadáveres insepultos y corrompidos, de la desolación de los pueblos destruidos. — ¡Españoles y canarios, contad con la muerte...! — Termina la autorización del Congreso granadino. — Ausencia de la comisión asesora. — Razón de la orden para que Bolívar no pasase de Trujillo. — Consideraciones que le hicieron resolver la marcha hacia Caracas.

Y después de todo, no era menos exaltado que Antonio Nicolás Briceño, si bien de entrañas mil veces menos truculentas, el Libertador, brigadier Simón Bolívar; ni lo era Vicente Tejera, ni Miguel Carabaño, ni Cortés Campomanes... “Ellos (los realistas) se derraman como un torrente sobre vuestro país, asaltan vuestras ciudades, saquean vuestras casas, asesinan a vuestros conciudadanos que sorprendidos del desorden que se

observaba en la naturaleza, apenas podían defenderse; y como si aún no estuviese saciado su corazón feroz con vuestras desgracias, se apresuran a salpicar también con vuestra sangre la ruina de vuestros desmoronados edificios. . .” Esto dice Camilo Torres a los venezolanos en nombre del Congreso en aquella proclama en que les anuncia la expedición libertadora de Bolívar, con soldados neogranadinos y agrega después: “sacrificad a cuantos se opongan a la libertad que ha proclamado Venezuela. . . . El odio debe haberse encendido en vuestros corazones para perseguir hasta el escarmiento y la muerte misma a los que hacen profesión de tiranizar pueblos. . .”

Y sin embargo, Camilo Torres era reconocidamente hombre, además de inteligente, instruido y humano. Es que el aire todo desde Quito, Nueva Granada y Méjico hasta los confines últimos de Venezuela, estaba saturado de la sangre derramada por los realistas, de odio, de ímpetus permanentes de venganza. No era Briceño sólo quien respiraba ese ambiente demoníaco y se había compenetrado con él como segunda naturaleza. Lo que a Bolívar y Castillo y a toda persona de medianos sentimientos causó estupor y justísimo horror, fueron los caracteres de crudo canibalismo con que ese hombre distinguido sacrificó “para escarmiento” a dos pacíficos trabajadores que habían labrado el progreso de San Cristóbal, y enviado a los jefes patriotas el presente de sus lívidas y sangrientas cabezas, con el horripilante aditamento de escribir parte de las cartas remisorias con la sangre en que manaban.

Un sencillo cotejo de fechas muestra la sinrazón de atribuir el decreto de guerra a muerte a la ejecución de “El Diablo”. Es esto tan claro que no nos explicamos por qué tántos historiadores dan como raíz del decreto de guerra a muerte un sentimiento de retaliación por la ejecución de Briceño y sus compañeros. Esta tuvo lugar el 15 de junio en Barinas y el decreto de guerra a muerte fue firmado en Trujillo el mismo día: es imposible que aquélla influyera sobre éste. Esta simple observación basta para dejar sentada la sinrazón de los que motejan a Bolívar de inconsecuente porque condenando de modo tan rotundo y airado la acción de Briceño, esgrimiese la tremenda medida para vengar una muerte que, dígame lo que se

quiera, no puede censurarse de ningún modo dentro de las leyes de la guerra.

La medida boliviana no surgió súbitamente de su cerebro. Los antecedentes de crueldad de los españoles con Monteverde y sus sicarios, que sometían a los patriotas o gentes simplemente sospechosas de simpatías con ellos, a suplicios inverosímiles; la violación del derecho de gentes en Quito, La Paz, Méjico, Caracas, Popayán, y la manifiesta situación de inferioridad en que se encontraba la causa republicana, cuyos defensores, no bien hallados todavía con la idea de la independecia, habían desertado y solían desertar en masa hacia las filas enemigas, amenazaban con extinguir el fuego por falta del sagrado combustible.

Hay otro detalle que pierden de vista los que escriben acerca del episodio que reseñamos. Los que justifican la medida asientan que de hecho estaba implantada por los realistas, por cuanto eran implacables con los que caían en sus manos. Pero no es sólo que practicaban con saña la mutilación y asesinato de los infelices en su forma más cobarde y despiadada. No es sólo que esos feroces militares obraban conducidos por instintos de hiena. Al lado de estas prácticas en que rivalizaban con ellos no pocos de los jefes patriotas, había algo de mucho mayor gravedad: de parte de los realistas la guerra a muerte estaba expresamente decretada por el ministro español de guerra. Su providencia publicada el 13 de marzo en Caracas, por el gobierno de Monteverde, autorizaba a los conductores españoles para dar muerte a los insurgentes que hicieran resistencia a las fuerzas reales. El decreto de bloqueo de la regencia española equivalía precisamente a una orden de guerra a muerte.

Todo esto hizo meditar a Bolívar una amenaza calculada a impresionar a españoles y venezolanos. A los primeros, para reprimir sus desmanes; a los segundos, para retenerlos en las filas e inspirarles miedo de abandonar su puesto. A lo primero proveyó con su proclama de 8 de junio: "Estas víctimas serán vengadas, estos verdugos serán exterminados. Nuestra vindicta será igual a la ferocidad española y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la

infectan. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte”.

Fue la primera campanada, en Mérida, el 8 de junio, como se ha dicho.

Colérico andaba el brigadier; mas no con la ciega cólera del que pierde con ella la facultad de razonar. Los movimientos impulsivos de su temperamento nerviosísimo, estaban asesorados por consideraciones que siete días después habían de determinar a firmar la tan discutida medida. Ante su mente se agitaba un tropel de bandidos, tráfugas de su solar español que han sido incapaces de defender, errantes “como los enemigos del Dios salvador”, a quienes todos execran y rechazan, a quienes todos persiguen por sus crímenes y sus vicios que buscan en el carnal de sangre “colombiana” ahogar en su conciencia la ignominia de la pérdida de su patria. Exaltación terrible que aunaba al recuerdo de los suplicios horrosos de Quito, La Paz, Méjico, Caracas, Puerto Cabello, La Guaira y demás lugares venezolanos, Popayán, etcétera. ¡Y al llegar a Trujillo supo de los acontecimientos de Oriente y la obra de los Zuazolas, Boves, Morales, Antoñanzas, Yáñez, Rosetes! Una elemental consideración de las circunstancias en que se debatían las escasas fuerzas republicanas frente al régimen de guerra sin cuartel decretado por la Regencia y practicado por los realistas, y los recursos de todo orden en que estos abundaban, imponía establecer drásticas medidas. Fuera de los materiales representados por elementos bélicos inagotables y aporte de hombres de que disponían, tenía a su haber el sentimiento popular de adhesión a la monarquía y veneración por su rey, hondamente sembrado en sus corazones en más de tres siglos de dominio y enseñanza, recientemente reafirmado por el terremoto destructor, fenómeno que por sí mismo y por los detalles de fecha y otros no menos curiosos fue hábilmente explotado por los encargados de velar por el adoctrinamiento de los vasallos de Fernando VII. Los hombres desde el movimiento sísmico, aterrorizados por las fuerzas de la naturaleza, arrepentidos y conducidos por los sacerdotes realistas, que eran los más, o desertaban de las filas republicanas o corrían de sus casas a entregarse a los enemigos. Es oportuno recordar que en la familia de Bolívar, comen-

zando por su querida hermana mayor, no eran muchos los que daban todavía oídos a las voces patrióticas que les señalaban su deber y conveniencia.

Dejar, abandonar la empresa, que hubiera sido la consecuencia de no igualar la situación patriota al régimen de terror establecido por el enemigo y sancionado por la autoridad de la Corona, habría librado a los devotos de la causa, a sus amigos y parientes, a los ayudadores efectivos o aparentes, a la muerte vengadora de que estaban dando ejemplo los realistas y con la cual amenazaban cada vez con más encarnizamiento.

La medida ha dado pie para tachar a Bolívar de sanguinario. La lectura imparcial de los textos de las proclamas de 8 y 15 de junio, así como todos los documentos relacionados con la tremenda providencia, basta para convencer de su carácter de represalias. No menos elocuente son sus reiteradas apelaciones que irán apareciendo en el curso de esta historia para traer al español a la cordura, hasta la final victoria que en este sentido obtuvo con el tratado de regularización de la guerra, firmado el 25 de noviembre de 1820, por curiosa coincidencia, en la misma ciudad de Trujillo donde se decretó la guerra a muerte.

No es, repetimos, que entre los jefes o subalternos republicanos no se hallasen también ejemplares de ferocidad de hiena como entre los españoles. Pero mientras no se regularizase la situación con una medida de carácter real, la inferioridad republicana era manifiesta y lógicamente aun los simpatizantes con la independencia abrazaban con tanta más razón la causa de los enemigos, a cuyo lado tenían que sentirse más protegidos contra las necesidades creadas por la guerra y más escudados contra los desmanes y visicitudes que ella engendra.

Hay un detalle del decreto de guerra a muerte que no se ha señalado lo suficiente, no obstante constituir una revelación importante de todo el alcance de la visión del comandante en jefe del ejército. Hasta el momento todos, patriotas y realistas, se movían dentro de un perímetro nacional que se consideraba común a unos y otros. El brigadier quiso establecer y estableció desde entonces dos grupos transcendentales: los españoles y los americanos, los "colombianos": medida con la cual calculaba estimular el patriotismo de éstos, creándoles el sentimiento de

la patria propia enfrente de los señores intrusos que la explotaban y asolaban. Fue desde el principio una tarea de educación de independencia total la que había echado sobre sus hombros.

Como hemos dicho, la proclama del 8 de junio fue el primer toque de alarma. En medio del frenesí que le dominaba, tan violento que pensamos no sin razón que en él había mucha teatral exageración destinada a impresionar y engendrar igual odio en las masas, el documento tiene como finalidad práctica un simple carácter amenazante y admonitorio.

Vacilaba sin duda su espíritu en dar un paso radical que iba a duplicar los lagos de sangre en que se anegaba la América, no ya desde entonces sólo bajo la cuchilla peninsular sino también bajo el machete republicano.

Era una desatada borrasca la procela en que se debatía la voluntad del brigadier. Corrientes encontradas chocaban impetuosas en su cerebro. Su característica humanidad se resistía una y otra vez a acogerse al derecho de la guerra, a la ley universal de las represalias. Las gentes de fuera no instruídas suficientemente de nuestros sucesos, pensaba, mirarán con horror una medida que exigen la justicia y el interés de una gran porción del universo. Desde la revolución republicana del 19 de abril de 1810, la blandura y la humanidad sin ejemplo se retribuyen con las acciones más vitandas de ingratitud y persecución. Pedía el pueblo vindicta contra los que su fino olfato descubría como los ministros de los peores males para la causa de la república, y el gobierno los salva. A Anca, Basadre, García, miembros de la Real Audiencia, magistrados españoles detestados por sus crímenes, los llena de consideraciones y los auxilia con gruesas sumas de dinero. Y se vio que los nuevos directores de un pueblo libre parecían preocuparse más por la suerte de los tiranos que por la salvación de sus conciudadanos.

Y ¿qué resultado dio semejante benignidad? El terremoto del Jueves Santo nos despojó de nuestras victorias: los soldados que no perecieron en él, espantados en su ignorancia y por la predicación de algunos artificiosos fanáticos dieron paso a Monteverde y tras las inauditas crueldades y violaciones de este ca-

nario infame, surgieron de entre las ruinas como chacales carniceros Antoñanzas y Boves que en Calabozo y en San Juan de los Morros con sus propias manos asesinan a sus habitantes casi sin excepción; pastores los del primero de estos pueblos, agricultores los del segundo: al anciano valetudinario que recluso en el lecho del dolor sólo espera la muerte; al labrador que jamás ha tomado en sus manos un arma mortífera y no conoce otra autoridad que la del cura que venera, hombres sin entrañas hacen a los infelices morder las bocas de los fusiles para dispararlos en sus gargantas, o los convierten en blanco para adiestrar en el tiro a sus soldados. Aún se ven suspensos los esqueletos humanos en la empalizada de San Juan de los Morros. Al conocer más tarde las atrocidades de Oriente, habrá de exclamar con gesto de horror: "El feto encerrado en el vientre maternal es tan delincuente al juicio del español Zuazola y sus compañeros, como las mujeres, los ancianos y los demás habitantes de Aragua. ¿Qué parte pudo tomar este apartado pueblo en nuestra empresa? Sin embargo, horriblemente aniquilaron la población los enemigos; sentían un intenso placer en inventar tormentos, en dilatar por el arte más perverso los sufrimientos de la naturaleza. Desuellan a unos y los arrojan a lagos infectos; despalkan a otros y los obligan a correr sobre suelo pedregoso; quitan a otros las patillas junto con la piel de la barba; cortan las orejas de los infelices y adornan con ellas las puertas de sus casas. ¡Qué horrorosa devastación, qué carnicería universal cuyas señales sangrientas no borrarán los siglos! El hierro mata a los que respiran, el fuego devora los edificios y lo que se resiste al hierro. Hombres y mujeres se ven tendidos juntos en los caminos. Las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos. Ningún auxilio de religión les han proporcionado aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros sagrados. En Mérida, en Barinas y Caracas apenas hay ciudad que no haya experimentado la desolación. Algunos pueblos han sido consumidos por las llamas y otros no tienen ya habitantes. En vano nuestra generosidad ha levantado en torno de estos hombres depravados un muro de inmunidad. Hay en ellos una perseverancia de crueldad e instinto de maleficencia ¿Y hay todavía venezolanos que siguen sus banderas dando las espaldas a nosotros los que queremos librar-

Claro es, pensaba, si por suerte no soy barrido del camino, la patria vivirá en mi corazón, que es lo mismo que estar activa y despierta; pero extinguido el concurso humano indispensable, la meta del triunfo se verá retroceder indefinidamente en el horizonte.

La objetividad de los hechos, la razón lógica, le dictaban que ante el dilema de vida o muerte que afrontaba, sus nobles protectores, Rodríguez Torices, Camilo Torres, Antonio Nariño, tenían que sancionar una resolución abiertamente en conflicto con las instrucciones recibidas. Un precedente existía ya con la expedición de Barranca a lo largo del Magdalena arriba, donde tampoco esperó el aniquilamiento de sus pocas fuerzas, y con su desaparición, el serio peligro para la libertad de Cartagena. Los hechos justificaron lo que realmente fue una desobediencia a las órdenes que le prescribió Labatut, su jefe inmediato, y la autoridad suprema no tuvo otra alternativa que aprobar su acción y admirar su genio guerrero.

Si la comisión nombrada por el Congreso de Tunja hubiese estado en su puesto a la sazón, el brigadier le habría representado el suicidio que importaba el cumplimiento de la restricción del congreso granadino, y no hay para qué dudar que su veredicto habría sido de conformidad con la clarividencia que atormentaba su espíritu y ensombrecía sus esperanzas.

¡Hay que obrar! ¡No es posible esperar autorización de sitios distantes tantas leguas de camino! ¡La rapidez en los movimientos me ha salvado en las campañas de Barranca a Trujillo, la rapidez, la sorpresa, la audacia son elementos que compensan mi inferioridad evidente en el número de hombres y armamento, en la escasez de vituallas. ¡La celeridad, la ofensiva vigorosa, aumentan la eficiencia y moral del soldado, mientras el reposo lo enerva, lo hace pensar demasiado en la tranquilidad del hogar, lo entorpece y acobarda!

Y echa sobre sí con gallardía y valor la responsabilidad de una empresa que hubiera hecho retroceder de sólo pensarlo a cualquiera otro no forjado en el yunque de los grandes héroes. Acaso pensaba en aquella increpación de Napoleón, según se cuenta, a uno de sus oficiales: ¡Imbécil, también es preciso saber desobedecer a tiempo!

Sin estas dotes de visión de los sucesos y valor para arrostrar las consecuencias de trascendentales decisiones, en Trujillo hubiera terminado su carrera y se hubiera oscurecido totalmente la fama que ya tenía conquistada. Los intereses superiores del país se aliaban con el interés personal de su crédito y reputación. Vano habría sido todo su empeño y éxito en restablecer aquí como en Mérida la administración civil extinguida con la anterior ocupación realista, si interpretando con criterio demasiado estrecho las instrucciones recibidas, hubiese vuelto la espalda a su obra y regresado a Nueva Granada, que era en tal caso lo único posible; o devuelto a los respectivos gobiernos los contingentes prestados, ya en tal grado de eficiencia y educación guerrera que los voluntarios que a cada jornada victoriosa iban apareciendo por doquiera, bisoños, indisciplinados y sin hábito alguno de cuartel y batalla, no podían constituir reemplazos adecuados.

Los hombres con plena confianza en sí mismos, o para decirlo al modo pagano, aquellos que confían en la fortuna y obedecen al oráculo que les habla en el fondo de su espíritu con voces claras y palabras precisas, son los que toman sobre sus hombros la carga para otros pesada de responsabilidades y resoluciones trascendentales que hacen titubear a los flacos de voluntad y escépticos del futuro. Para éstos la angustia del resultado, envuelto en el negro misterio del porvenir: el terror de la cuenta pedida por el mal éxito; el espectro del patíbulo, castigo de voluntario mal uso de sus poderes y facultades. Para aquéllos la superación de lo exclusivamente humano; el resplandor de gloria en el horizonte, la certeza de que sus actos, respaldados por un número inteligente y bueno no podrán conducir a otra cosa que feliz suceso y bienestar común. "Dios concede su premio a la constancia", y la fe mueve las montañas, piensa Bolívar; y, organizado el gobierno de Trujillo como había organizado el de Mérida, ordena sus columnas para la acometida hacia Caracas.

CAPITULO XI

1812-1813

MARIÑO Y LOS SUCESOS DE ORIENTE

RESUMEN:

Movimientos convergentes de Bolívar y Mariño. — Comienzos de la carrera de Mariño. — Peregrinación de los patriotas en Trinidad. — El acta de Chacachacare. — La expedición de los 45 orientales. — Sus asombrosos éxitos. — La conquista de Maturín. — Zuazola. — Su comercio de orejas patriotas, sus asesinatos, sus fieros suplicios. — Discordia entre republicanos. — Derrotas de La Hoz en Maturín. — Baladronadas de Monteverde. — Derrotado en Maturín: "yo escapé por milagro". — Toma de Cumaná por los patriotas. — Mariño proclamado libertador y jefe supremo de Oriente. — Zerveris, Morales y Boves, incubando en los llanos.

Tan importantes como los hechos de armas que llevamos reseñados, hay que considerar los que tuvieron por escenario las provincias orientales, bajo la conducción del joven Santiago Mariño.

No hay constancia de que Mariño tuviese conocimiento de las expediciones de Bolívar, y parece que a éste no llegó sino en Trujillo fama precisa de la guerra de Oriente.

Sin más acuerdo entre los dos caudillos que el común anhelo de sacudir del país un yugo que ahora quizás más que antes podía llamarse ignominioso por los caracteres inhumanos que los jefes realistas habían impreso a la lucha, sus movimientos convergentes parecían tender a estrechar paso a paso a los realistas.

Santiago Mariño, como también otros patriotas, era hombre rico, nacido en cuna de marfil. Su familia era, puede decirse, protegida del célebre Manuel Godoy, favorito de la reina María Luisa de Parma, por ella elevado a las más altas categorías del Estado, inclusive el ducado de Alcudia, y a primer ministro del reino, fuera del título de príncipe de la Paz. Pero Santiago debió demostrar desde un principio sus inquietudes autonomistas cuando al estallar la revolución separatista de 1810, entonces de unos 22 años apenas, fue destinado con Manuel Villapol por el gobierno independiente de Caracas a sostener la causa de la República en campaña sobre Guayana, en que alcanzó el grado de Teniente Coronel; y ya para 1811 o principios de 1812, el de Coronel, mientras desempeñaba la comandancia de la costa de Güiría, donde poseía una hacienda.

Estaba echada la base de su carrera, y señalado de entonces en adelante el territorio de Venezuela, donde principalmente había de moverse su patriotismo y ejercitarse su ambición, no siempre legítima y cónsona con los bien entendidos intereses de la guerra americana, que exigían unidad de acción de parte de sus caudillos en todo su teatro, y ausencia de los sentimientos personales de rivalidad y emulación de mando que llevan a la intriga y producen rencores que tanto daño hicieron a la prosecución y éxito de la lucha magna.

Mariño había escapado a la saña feroz de Monteverde, vencedor y dueño absoluto de vidas que cercenaba en Oriente por medio de su sicario Zerveris, y señor de los bienes de los patriotas, que robaba igualmente por ministerio de sus agentes, todo en violación escandalosa del tratado de San Mateo.

Como si por el lado de Oriente quisiera cerrar el Golfo Triste que se apoya sobre una relativamente pequeña y fragosísima porción de costa al nordeste de Venezuela, la isla de Trinidad, posesión británica, desprende sendas prolongaciones o brazos de sus dos bases, superior e inferior, que sin embargo, no llegan a tocar el continente, dejando dos estrechas salidas: la Boca del Dragón al norte y la Boca de la Serpiente al sur. La Boca del Dragón se estrecha aun más por la presencia del islote de Chacachacare, mucho más cercano de la isla trinitaria, de cuyo gobierno depende, que de la península venezolana de



GENERAL EN JEFE SANTIAGO MARIÑO

Paria. Así pues, del continente o mejor, del oriente venezolano a Trinidad, no hay más que un corto paso que aprovechó Mariño como otros muchos, para ponerse a salvo a fin de poder luego volver en socorro de su patria.

No fueron del todo tranquilos y sosegados sus preparativos y callada gestión. Estaban estrechamente vigilados por el gobernador Sir Ralph Woodford, a quien hemos llamado en otra ocasión "mal inglés por mal caballero". Es claro: la política británica andaba ahora de brazo con los intereses de España, que supeditaban los alardes de amor a la libertad de pueblos distintos del suyo propio insular. Los patriotas del destierro eran "vagabundos" e "insurgentes", el mismo término que con intención despectiva los ingleses aplicaban a Jorge Washington, y que por eso estaba muy lejos de producirles ofensa, como lo hizo saber la protesta de Mariño redactada por el futuro Gran Mariscal de Ayacucho.

Acosados y hostilizados esos hombres que no estaban ocasionando trastornos ni género alguno de incomodidad en la isla, cuyo objeto en ella era sustraerse a la sangrienta ferocidad que en su patria les acechaba, y cosa muy natural en los valientes, buscar sin ostentación la manera como su dolor germinase para frutos de redención, comprendieron que lo mejor era embarcarse en una empresa memorable.

En Chacachacare era dueña de una hacienda la señora Concepción Mariño, hermana de Santiago. Allí resolvieron dirigirse 45 de los emigrados, mas no para refugio de escondite y ocio muelle, sino para que de su dolor patriótico brotasen frutos de valor y heroicas hazañas; y allí celebraron juntas presididas por Mariño, y firmaron el acta memorable del 11 de enero de este año de 1813: "Considerando que las garantías que se ofrecen en el tratado que celebró el jefe español don Domingo Monteverde con el ilustre general Miranda el 28 de julio de 1812 han sido violadas y convertídose en cadalsos, cárceles, persecuciones y secuestros; que el mismo general Miranda ha sido víctima de la perfidia de su adversario y que la sociedad venezolana se halla herida de muerte; 45 emigrados nos hemos reunido en esta hacienda bajo los auspicios de su dueña la magnánima señora doña Concepción Mariño, y congregados en con-

sejo de familia, impulsados por un sentimiento de profundo patriotismo, resolvemos expedicionar sobre Venezuela con el objeto de salvar esa patria querida de la dependencia española y restituirla a la dignidad de acción que el tirano Monteverde y su terremoto le arrebataron. Mutuamente nos empeñamos nuestra palabra de caballeros de vencer o morir en tan gloriosa empresa y de este compromiso nombramos a Dios y a nuestras espadas por testigos”.

He aquí una célula fecunda de vida autónoma. Los firmantes representan hombres de voluntad de acero, de valor indomable, de heroísmo hercúleo. Sus nombres llenarán la historia de América desde el Orinoco, Nueva Granada, Quito, el Perú, hasta los límites del Plata. Allí Manuel Carlos Piar, el vencedor de San Félix; allí el coronel Francisco Azcúe, compañero de Bernardo Bermúdez en Maturín; allí Francisco Bermúdez, émulo de Aquiles, “libertador del Libertador”, y su hermano Bernardo, destinado a muerte trágica en manos del infame Zerveris; allí Manuel Valdés, que después de actuar en las campañas de Venezuela, Nueva Granada y Quito conduce como comandante de la división auxiliar del Perú los 3.000 hombres de la primera expedición; allí Juan Bautista Videau, que gallardamente salvó a Bolívar de muerte suicida en la playa de Ocumare; y Agustín Armario, cuyo patriotismo lo determinó a decidirse por el Libertador en el torbellino de pasiones encontradas entre los orientales y los occidentales en 1817; y Estanislao Ribas que no quiso sancionar disensiones con su presencia en el Orinoco y se separó de Piar en 1817; y Antonio José de Sucre, “el más digno de los generales de Colombia” con sus hermanos Jerónimo, Pedro y Francisco, tempranas víctimas en las aras sacrosantas; y otros: *alii praeterea quos fama obscura recondit*, destinados muchos de ellos no sólo a las acciones de guerra, sino también al efecto moral de retemplar el ánimo del gran caudillo ante los obstáculos de todo orden que solían entorpecer el éxito de sus generosos esfuerzos.

Según la expresión del acta esa reunión fue “consejo de familia”. Esta denominación escrita probablemente sin más preparación que la inspiración del momento espontánea y sincera, en vez de otras más formales como “junta de guerra”,

“asamblea de soldados independientes” etc., da la medida de toda la generosidad y espíritu fraternal que unía a esos beneméritos para la gran empresa; en sus mentes se representaba el hogar nacional preparado y listo para defenderse y recobrar los fueros arrebatados por la perfidia y la injusticia.

Y la gallarda expedición de los 45 orientales partió de Chacachacare el 12 de enero de 1813. ¿Su armamento y parque? ¡Extraordinario! Contaban con seis fusiles y una pequeña copia de municiones. Imposible encontrar nada más conmovedor en la historia. Su lema parecía ser el del gran poeta de Mantua: “Furor arma ministrat”: esta santa cólera ha de proveernos de hombres y elementos bélicos. Su valor, su ejemplo, su sincero espíritu patriótico harían surgir soldados y pertrechos y victorias enfrentados contra los engreídos tenientes de Monteverde y contra éste mismo. Expedición ridícula a los ojos de aquellos que no tienen presente o no comprenden el apotegma del Hombre Dios: la fe mueve las montañas. Afortunadamente Monteverde y Zerweris, La Hoz y Gabazo y Antoñanzas y Zuazola, envanecidos con el triste fin de la primera República, habían comenzado a sublevar deseos de venganza en el pueblo reacio, con sus rapiñas y múltiples violaciones del derecho de gentes.

Y la expedición de Chacachacare, compuesta de 45 hombres armados con seis fusiles, espadas y pistolas, al desembarcar en tierra firme rindió y desarmó un retén realista, con lo que consiguieron alrededor de dos docenas de fusiles y algunas municiones. Cayó pronta y súbitamente sobre Güiria, y en cinco minutos la guarnición del lugar, por fortuna compuesta de adictos a la causa, se entregó entera al animoso invasor, que aumentó su caudal bélico con más fusiles, más pertrechos, nueve cañones y cerca de doscientos hombres.

El éxito comenzaba a sonreírle. Era preciso asegurarlo totalmente proveyéndose de lo esencial para emprender operaciones en grande escala, y Mariño fijó los ojos y el empeño en la conquista de Maturín, emporio importante de los llanos orientales, mientras vigilaba la costa y la limpiaba de enemigos. Maturín era un centro de abastecimientos por su riqueza en ganados que proveían de carne y cueros, convertibles en dinero, armas y municiones que tanto había menester.

El pueblo, en efecto, está situado contiguo al Guarapiche, río navegable, que desemboca en el Golfo Triste. Estaba, pues, en las mejores condiciones para transportar al exterior los recursos que le brindaban los Llanos para cambiarlos por aquéllos de que carecía, incluyendo numerario, alimentos y elementos bélicos. No menos importantes eran las armas que allí había depositadas desde la derrota de Villapol durante la primera República, y las que el enemigo dejaría en poder de los revolucionarios en los diversos encuentros de que iba a ser teatro la población, a donde Mariño destacó fuerzas constantes de 250 hombres al mando de Bernardo Bermúdez y el teniente Manuel Carlos Piar, mientras él obraba sobre la costa del Caribe. De este modo mantenía dividida la atención de los realistas, cuya inhabilidad, por otra parte, no les permitió aprovechar las ventajas del número y de la cooperación que podían prestarse las fuerzas de mar y tierra del Golfo Triste para mantener en este mar una superioridad que les habría sido muy ventajosa.

La expedición de Bermúdez y Piar tomó posesión de Maturín sin combatir, pues sus habitantes habían sido ganados a los republicanos por los feroces excesos de Zuazola, Zerveris, Antoñanzas; y los 100 hombres con que se guarnecía la región huyeron al aproximarse Bernardo Bermúdez, mientras su hermano José Francisco derrotaba en Irapa con 75 hombres a 400 que comandaba Zerveris.

Zuazola destacado con Boves, otro monstruo memorable salido de los Llanos, con el fin de atacar guerrillas republicanas que se levantaron, las derrotó en los Maguelles y Aragua de Cumaná. Ocurría esto en marzo de 1813. Parecería calumnia hija del odio de bandos, el relato de los salvajes suplicios con que este hombre castigó no sólo a los vencidos, sino también a cuantos inocentes y pacíficos sujetos le inspiraba su instinto de hiena. Afortunadamente para el aquilatamiento de la verdad los testimonios vienen de los mismos realistas.

No retrocedía esta fiera humana ante el incendio de las casas, graneros y labranzas de hombres pacíficos en el tránsito de su comisión, acompañado de horrendas mutilaciones previas al asesinato de ellos. Entre los que refieren los actos de este

salvaje está el historiador realista contemporáneo Urquinaona, quien recoge las declaraciones de soldados que tomaron parte en la ejecución de los crímenes. El objeto de Zuazola, como de otros varios servidores de la monarquía, era extinguir la raza de los "insurgentes" sin saber que con ello no hacía otra cosa sino

El soldado Esteban García, según el expediente instruido en Cumaná, citado por Urquinaona, depone que el gobernador Antoñanzas al despachar la comisión, prometió a la soldadesca la recompensa de un peso por cada oreja de insurgente; y que su subalterno el jefe de la expedición dio la orden de cortarlas y que no dejaran a nadie con vida después del combate de Aragua.

El soldado Manuel Villafañe declara que sacaron de las ha-

Después de la ocupación de Maturín por Bermúdez y Piar, la discordia, otro enemigo que hostigó a los patriotas desde el principio hasta el final de la cruzada patriota, dio a Piar y Azcúe el comando de la pequeña tropa.

Pero dejando a un lado estas desgracias de la república, no era probable que 500 hombres con que ya contaban, pudieran sostenerse en posesión de Maturín y su comarca ante las fuerzas muy superiores que podían en cualquier momento acometerlos. Y así fue que alarmado Antoñanzas, gobernador ahora de Cumaná, por los avances que en el norte y en el oriente de la región se mostraban en el campo patriota, mandó al gobernador de Barcelona, Don Lorenzo de La Hoz, a aniquilar a los ocupantes de Maturín con 1.500 soldados. Era seguro el triunfo de éstos, ateniéndose a toda previsión humana; pero el realista no contaba con la estrategia llanera que había de dar renombre imperecedero a Páez en las Queseras del Medio: Piar fingió huir de los numerosos atacantes, y en cierta etapa de su fuga, el grito de ¡vuelvan caras! y la consiguiente carga de su mísero contingente desorganizaron y vencieron de tal guisa a los realistas, que pocos fueron los que lograron salir ilesos del encuentro. Esto ocurría el 20 de marzo.

El 11 de abril insistió La Hoz, y nuevamente le hizo Piar morder el polvo en sangrienta jornada.

Monteverde en Caracas no pudo disimular su impaciencia, manto de su bien fundado temor, ante estos y los demás descabros que los orientales estaban ocasionando en sus tropas. "Con la misma facilidad con que el humo se disipa al sople del viento, así desaparecerán los facciosos de Maturín, por el valor y la fortaleza de los soldados del rey que tengo el honor de conducir a la victoria"; así pensó en su característico orgullo y ridícula jactancia, y así escribió en su proclama de Barcelona el día 3 de mayo. Y no pararon aquí sus baladronadas, sino que en llegando a las puertas de Maturín tuvo el arrojo de proclamar "la humanidad de sus sentimientos y la moderación de la reconquista" para intimar en seguida a sus defensores la entrega y el reconocimiento de su legítimo soberano en el perentorio término de dos horas, so pena de ser entregados al furor irresistible de sus soldados. En caso de resistencia, podrían

pasarse inmediatamente a su campo los niños, las mujeres, los ancianos y los enfermos, a quienes ofrecía "asilo y hospitalidad para que no sean víctimas de las mismas armas que han volado desde Caracas, no sólo para escarmentar a los traidores sino también para ser el amparo y protección de los inocentes y los leales".

En hombres como Piar y Azcúe es de suponerse cuál fue su respuesta: "ya usted no puede pretender engañar a los americanos con sus promesas, y resueltos estamos a perecer defendiendo nuestra libertad, los jefes, los soldados y el pueblo de Maturín".

El resultado de la contienda armada lo refiere con rara humildad el pérfido, jactancioso e inepto Monteverde: "yo escapé por milagro y he pasado trabajos que nadie se podrá figurar, pero felizmente lo cuento. El punto de Maturín es de la mayor consideración, no como me lo habían pintado siempre: su posición es diabólica".

Y así fue, porque dejando abandonado su equipaje, y en el campo casi 500 hombres, 5 cañones, dinero, y gran cantidad de otros elementos, se dio a una fuga llena de peripecias y agonías, hasta que con su guía llegó a lugar seguro a San Mateo, provincia de Barcelona. La acción de Maturín acaeció el 25 de mayo.

Mariño entre tanto batía por el norte a los españoles. Su plan de campaña fue un éxito, tanto por sus cálculos cuanto por el socorro que a su escasez de buques y demás recursos y elementos le prestó aquel otro patriota oriental, don Juan Bautista Arismendi.

Contenidos, vencidos y destruídos los españoles por el sur y por la costa de Paria, Mariño podía moverse por el norte, con expedición bastante para acorrallar en Cumaná a su gobernador Eusebio Antoñanzas. Surge entonces el aventurero italiano José Bianchi, que, después de su actividad en Margarita, trae catorce naves al bloqueo de Cumaná por mar, y de tal manera queda acorralado por tierra y por agua el español, que finalmente reducido a la última extremidad, responde al ultimátum de Mariño vistiendo de valor y confianza el trágico terror que le invadió el corazón.

Para fugarse rompiendo el bloqueo de Bianchi, Antoñanzas simuló partir en busca de recursos dejando interinamente en la gobernación a don Juan Nepomuceno Quero, mientras se fugaba a Curazao donde sucumbió a sus heridas. Quero a su turno, bien al tanto de la situación, engañó a Mariño con el envío de un comisionado de paz, mientras seguía el ejemplo de su superior. Mariño pudo entrar en la plaza de Cumaná. No hay para qué hablar de las venganzas sangrientas con que los patriotas correspondieron a las infamias de que fueron víctimas por Antoñanzas, Zuazola, Morales, Martínez, etc.

El oriente de Venezuela quedaba libertado por el talento, el valor y el patriotismo del joven Santiago Mariño, quien con sobra de justicia fue reconocido como jefe supremo y proclamado Libertador de Oriente.

Digamos de paso que a esta libertad de Oriente faltaba no poco para que pudiese considerarse firme y definitiva. Falta de hombres y elementos, más que inercia de Mariño, más que ocupaciones perentorias de organización y menesteres de política fue responsable de que no se persiguiera hasta anularlos por lo menos, a terribles jefes realistas que corrieron a establecerse en los llanos formando nidos de cuya fecundidad iba muy luego a ser víctima lamentable la autonomía de la patria que ya en los pocos años de proclamada salía costándole tan duro tributo.

Allí se refugió Zerveris después de hacer asesinar en el lecho en Yaguaraparo a Bernardo Bermúdez, en condiciones tan horripilantes, que como lo refiere Level de Goda, abogado venezolano y realista, el hecho encendió la cólera en el mismo Fernando VII cuando de él tuvo conocimiento por la denuncia de un esclavo, y le ordenó por ello salir de Madrid. A los llanos también corrió su segundo, José Tomás Rodríguez Boves, más sanguinario aún. Estos y su émulo Francisco Morales encontraron base propicia para extenderse de nuevo por todo el territorio, sembrándolo de sangre derramada con sevicia inicua. De allí habían de surgir con ellos las legiones que en breve iban a estrangular segunda vez a Venezuela.

Aunque adelantándonos un tanto en la cronología de los sucesos, hemos creído importantes las noticias de lo que acaecía

en el Oriente, porque de otro modo no sería posible la concordancia de los hechos que por las dos opuestas vías geográficas andaban hacia un solo punto histórico. Con esta reseña nos hemos preparado también para dar su valoración auténtica y su justa apreciación a los incidentes de la lucha y a la posición personal de los dos caudillos patriotas a donde convergían a la sazón todas las miradas, como que eran quienes levantaban en sus manos la antorcha conductora de los nuevos principios y de los ejércitos de hombres cuyo sacrificio era el tributo necesario para ver triunfantes los anhelos en que ardían todos los espíritus superiores que buscaban horizontes mejores para la patria.

CAPITULO XII

1813-1814

EL FINAL DE LA CAMPAÑA ADMIRABLE

RESUMEN:

Campañas de Bolívar desde el Magdalena hasta Trujillo. — Apparente desobediencia de Bolívar desde Trujillo: su justificación. — Atrevido empuje. — Girardot derrota a Cañas. — Inteligencia y espías. — Detalle de las fuerzas que amenazan a Bolívar. — Urdaneta y Ribas triunfan en Las Mesitas. — Bolívar ocupa a Barinas. — Los tenientes de Bolívar, los voluntarios. — Dificultades de la persecución del enemigo. — Ribas destruye a Martí en Niquitao y a González Fuentes en el Tocuyo. — Los Horcones. — La provincia de Barinas desalojada de enemigos. — Ridícula emulación de los historiadores del Sur. — Bolívar conoce los acaecimientos de Oriente. — Anhelos de llegar a Caracas antes que el jefe oriental. — Terror de Monteverde. — Sus órdenes y contraórdenes. — Los Pegones. — Los Taguanes. — Bolívar honra al valeroso Izquierdo. — Monteverde huye a Puerto Cabello. — Girardot vigila. — Fierro dueño del gobierno. — Su terror ante la situación. — Comisión ante Bolívar. — Su fuga de Caracas. — La capitulación. — Nobleza y generosidad de Bolívar.

Desde Trujillo, dijimos, en aparente desobediencia de sus comitentes, Bolívar resolvió encaminarse al través del enemigo hacia la meta ansiada de Caracas, centro de la República, capital natural de toda la capitanía general de Venezuela, por tradición histórica y por derecho de prioridad en cuanto a la cultura y distinción espiritual que la adornaban.

Hasta aquí habían sido dos las fulgurantes campañas del brigadier: la primera, la limpieza del río Magdalena, desde el

25 de diciembre de 1812 hasta el 8 de enero de 1813, en que entró triunfante en Ocaña; la segunda desde Ocaña, 9 de febrero, hasta la derrota de Correa en Cúcuta, el 28 de febrero de 1813. Una tercera había comenzado desde la salida de La Grita el 17 de mayo, peleando sin cesar casi todos los días. De aquí en adelante la expedición tenía que habérselas con más tenaz resistencia de la naturaleza física que extrema las elevaciones de los Andes venezolanos, por donde tiene que abrirse paso a alturas que pasan de 5.000 metros. A esta resistencia se agregaba la de los defensores de la monarquía que en la desesperación y vergüenza por tan continuas derrotas iban a desplegar todos sus esfuerzos y energías.

“Si damos un paso atrás somos destruídos totalmente. Ahora más que nunca, debemos obrar con serenidad y valor”. Con este lema inició sus movimientos el jefe del ejército y trazó su plan de operaciones para impedir la invasión de Nueva Granada al mismo tiempo que iba derecho a su objetivo: Caracas.

Al norte de Trujillo, y como a 35 kilómetros, se hallaba un nido de realistas, el pueblo de Carache, “el infame pueblo de Carache”, según la propia expresión de Bolívar. El coronel Atanasio Girardot fue destacado a ese lugar con la vanguardia y obtuvo allí la más completa victoria en la colina de Agua-Obispos, donde se había atrincherado el jefe español Manuel Cañas. Su victoria dejó en su poder, entre otros elementos, 73 prisioneros, 1 cañón bien dotado y 80 fusiles. La tremenda guerra a muerte comenzó a practicarse allí a los cuatro días de decretada (19 de junio): “sus habitantes rebeldes han muerto o son vuestros prisioneros”, anunció el brigadier, “y los otros que se han acogido a vuestra protección gozan ya del abrigo de los republicanos que tan gloriosamente habéis redimido”.

Tíscar, lo supo Bolívar por prisioneros tomados en la refriega de Girardot con Cañas, intentaba marchar al occidente hacia Nueva Granada. Fue una clave para las operaciones republicanas. Esa otra arma poderosa, los falsos espías, en cuyo manejo era diestrísimo el jefe republicano, engaño y desconcertó al enemigo.

El ojo avizor del caudillo ayudado por las revelaciones de los prisioneros, comprendió de una sola mirada las intenciones

del enemigo, analizó las eventualidades de sus movimientos y aplicó a las circunstancias su táctica genial apoyada en la rapidez y en la vigorosa ofensiva. Fue así como pudo conseguir su intención inicial de obrar victorioso sobre Barinas. Sólo la práctica de estos principios puede explicar que un cuerpo de tropas de 800 hombres, lejos de ser soldados veteranos, emprendiese esa marcha temeraria cercado literalmente de enemigos en número de más de 15.000 unidades, según el cómputo de Larrazábal: acechados por Tíscar en Barinas; por Ceballos en Maracaibo; por la fortaleza realista de Coro al norte; al frente, por Monteverde en Caracas, y las demás fuerzas de la capitania general. Maracaibo estaba en la mejor situación para invadir a la Nueva Granada por los valles de Cúcuta como ya antes lo había hecho Correa, de suerte que tanto Ceballos como Tíscar se hallaban en condiciones de lo más favorable para cortar sus comunicaciones con el virreinato y hostigar a Bolívar por retaguardia, mientras era estrechado por los flancos y el frente. A cualquiera hubiera arredrado con sobra de razón posición semejante. Bolívar tenía fe en sí mismo, confianza en el valor y disciplina de sus oficiales, a quienes había infundido mucho de su propio espíritu, conocimiento profundo de las dotes y alcances de cada uno.

Al partir de Trujillo a Barinas por la vía de Boconó y Guanare con la vanguardia de 500 hombres al mando de Girardot, dejó en aquella ciudad a Urdaneta con 50 hombres para que atendiese al despacho del parque que dejaba allí. Los espías habían hecho creer a Tíscar que se había dirigido al Tocuyo por Carache. Tíscar destacó al comandante Martí para que le impidiera seguir adelante y aplastara su débil tropa. Pero aconteció que Ribas con la retaguardia de 300 soldados cumplía las órdenes de seguir el movimiento de su jefe desde Mérida, utilizando la vía de Piedras y Niquitao, en cuya proximidad sabe el realista con sorpresa la novedad. Urdaneta con sus 50 hombres se reunió allí casualmente con Ribas. ¿Qué hacer? Los dos jefes deliberan. ¿Permitiremos que Martí nos siga a retaguardia por cumplir al pie de la letra la orden superior? En este caso el jefe y nosotros tendremos que vernos entre los fuegos de Martí y las tropas de Tíscar que atacará de frente por Barinas. ¿O será mejor que haciendo un supremo esfuerzo des-

baratemos al realista en este punto y enviemos la nueva al superior con la consiguiente desmoralización del enemigo? Ciertamente que este último arbitrio parece por demás temerario, dada la inferioridad del patriota en número y calidad de tropa, compuesta en su mayoría de reclutas indisciplinados.

Decidió la deliberación el mismo espíritu que en ocasiones semejantes había aplicado Bolívar. ¡Es preciso saber desobedecer a tiempo! La derrota de Martí, y nosotros estamos seguros de ello, impedirá la probabilidad de vernos en trance desdichado, y debemos poner en práctica todo nuestro valor, hacer aquí el milagro que ha venido haciendo el ejército desde el Magdalena.

¿Cómo pueden explicarse estos y los siguientes éxitos de la menguada expedición sobre contendientes tan bien armados y dirigidos? No es que el enemigo fuese dormilón y lerdo o cobarde; lo que ocurría es que la extraordinaria movilidad comunicada a sus columnas por el jefe republicano operaba el milagro de burlar cualesquiera planes adversos; ellos tenían espías numerosos bien entrenados y distribuidos; pero las noticias resultaban pasadas de actualidad y los propósitos desconcertados.

En el sitio denominado Las Mesitas se combatió con valor durante 8 horas y la gloriosa batalla conocida con el nombre de Niquitao benefició al ejército del vencedor Ribas, con un importante aporte en hombres y la totalidad de las armas que esgrimía el enemigo. Tíscar recibió la noticia al tiempo que la vanguardia conducida por Bolívar comenzaba el ataque a su cuartel general (5 de julio); y fue tal su terror que sin resistencia evacuó en desorden la población, no sin saquearla previamente; y no paró en su fuga hasta Nutrias y Angostura.

Bolívar ocupó a Barinas el 6 de julio. Cuatro semanas más y la campaña habría terminado.

Por cierto que los soldados que llevó Tíscar de Barinas eran todos venezolanos y se sintieron estimulados y entusiasmados por los triunfos nacionales; y en presencia de la expedición de Girardot, que persiguiendo a Tíscar evitó que se cumpliera su intención de reunirse con Yáñez, fugitivo también de Guasdalito, se sublevaron en Nutrias contra su antiguo jefe y le des-

pojaron de los frutos de su rapiña; y a éste no le quedó más remedio que embarcarse solo para San Fernando y Angostura. Bolívar veía con placer cumplirse sus cálculos del entusiasmo que habría de producir en los nativos su entrada al territorio de Venezuela, y el cambio que habría de producir en su disposición ante dos bandos antagónicos.

La hazaña de Ribas permitió el señorío por Bolívar de toda la provincia de Barinas, rica en caballadas y recursos, aumentó la moral de la tropa y aguzó el entusiasmo, el ojo bélico, la capacidad de cooperación de sus incomparables tenientes.

Pero era imposible extinguir las células o nidos de incubación realista. Habría sido para ello indispensable poseer un ejército muy grande que permitiera efectuar a fondo la persecución y destrucción del enemigo. Bolívar sobreestimó el amor o la comprensión de la independencia por los pueblos de Venezuela, hasta el punto de que volarían a él todos los hombres de los lugares de su recorrido, llenos del sacro deseo de ser libres. Voluntarios los hubo en efecto; pero estuvieron lejos de ser suficientes para una firme y permanente victoria. Menos mal que sus tenientes valían cada cual por un ejército. Sin Ribas, el extraordinario y vigoroso José Félix Ribas; Girardot, el mártir de Bárbula; Urdaneta; Antonio Ricaurte, el suicida sublime; D'Eluyar, Figueredo, Ortega, Planes, el feroz Campo Elías, le habría sido totalmente imposible la realización de esta homérica Campaña Admirable, nombre con que la conoce la Historia.

En la ridícula emulación de los escritores del sur para colocar a sus héroes por encima de la figura colosal de Bolívar se ha llegado a restarle el mérito de sus triunfos y negarle dotes militares porque "casi todos se deben a sus tenientes y no personalmente a él". Es como no caer en la cuenta de que trazados con admirable precisión sus planes de campaña le era imposible, a menos de estar dotado del don de la ubicuidad, acudir a los diferentes puntos que había que defender o conquistar. Escoger al jefe más adecuado para llevar a cabo el ataque que había de abrir paso libre a la columna expedicionaria, impartirle las instrucciones estratégicas precisas para el éxito, apro-

vechar el triunfo deseado y previsto, es, sin desmedro de la gloria alcanzada por ese oficial, ganar una jornada.

A estos éxitos alcanzados por sus subalternos contribuía también en gran medida su condición de caudillo nato que comunica su espíritu y transfiere su idiosincracia y modos, que permite variar un plan de operación en un momento dado. El movimiento de Ribas para dar la batalla de Niquitao es un procedimiento de arrojo y aventura genial de Bolívar, de que hizo uso notable en Barranca y en Trujillo.

Hemos dicho que la falta de unidades para formar un poderoso ejército era un grave impedimento que aquejaba a la causa de la República. Ante todo entre las características geniales del caudillo, a saber, la rapidez en los movimientos, la ofensiva audaz y la activa persecución, si las dos primeras podían cumplirse y producir sus benéficos fines de engendrar en el contrario respeto y terror y la ilusión de fuerzas muy superiores a la realidad, la última tenía de necesidad que ser deficiente. Habría sido un gran adelanto atrapar con la persecución los restos desbandados en Niquitao, cortar absolutamente a Tíscar la retirada hacia el Apure, acorralar y destruir en seguida en Barquisimeto al realista Oberto, que tembló ante la audacia patriota y sobreestimó su fuerza material al considerarla venciendo en Carache, ocupando a Guanare, marchando sobre Barinas y destruyendo a Martí en Niquitao, todo casi a un tiempo. Pero ¿dónde, decimos, dónde encontrar unidades suficientes para lograr esos fines? Por lo menos, y era mucho lograr en la precaria situación de hombres, dinero y demás elementos, cada paso de los republicanos reafirmaba el respeto, hijo de la admiración y el temor, con que los contrarios miraban ya las huestes victoriosas de occidente, al tiempo que Mariño con las suyas reconquistaba gloriosamente las provincias orientales. ¡Cuál, al mismo tiempo, no sería la alegría y estímulo experimentado por Bolívar y sus leales oficiales y soldados al tener en Barinas detalladas noticias de estas proezas!

Sea como sea, el jefe supremo logró ampliamente su designio de desalojar de enemigos la provincia de Barinas. Ya pudo con sus recursos de boca subvenir por el momento a las

necesidades de la sufrida tropa, aumentar su número, formar cuadros de batallones con los oficiales que iban presentándose, comenzar la organización de la caballería e integrar, si bien a medias, batallones, que, como apunta Briceño Méndez, solían entrar en acción antes de estar formados, como ocurrió con el de Cazadores. Y agrega Baralt y Díaz que la consigna y necesidad de rapidez en las marchas y movimientos hacía que todo se redujese a reunir hombres, armarlos y nombrarles oficiales, sin ejercicios ni disciplina: hoy llegaban al campamento y al día siguiente habían dado una batalla.

Ya está libre, ya está organizado el orden civil en la provincia de Barinas: que a todo trance era preciso atender, y a todo alcanzaba la prodigiosa capacidad del general en jefe; ya está él informado minuciosamente por papeles tomados al enemigo, de los acaecimientos de Oriente, tan oportunos que parecen haberse concertado entre los dos libertadores. Consta que una nobilísima emulación se encendió en su alma por poner pie el primero en su Caracas nativa donde reposan los restos de su padre, el rico coronel Don Juan Vicente Bolívar; de su buena madre, la admirable doña Concepción de Palacios Blanco; y de su esposa amada hasta después de la muerte, doña Teresa Toro y Alaiza; donde viven horas de angustia sus queridas hermanas María Antonia, terca, varonil e indómita como él, aunque a diferencia de él, y hasta el año de 1823, realista convencida, disconforme con "las locuras de Simón"; su hermana menor, la dulce Juanica, "gota de miel", ardiente patriota desde un principio; sus tíos, realistas como María Antonia; sus parientes y camaradas que no han abandonado el nido doméstico para engrosar las filas de los defensores de la patria. ¡Y cuántos han enmudecido bajo el cuchillo realista o en las bóvedas y pontones! ¡Y qué de dulces emociones no gozan calladamente por anticipado muchos de los que han sobrevivido ilesos a la doble calamidad del terremoto y la tiranía de Monteverde y sus sicarios! El corazón del caudillo, exquisitamente sensible a los lazos de la sangre y sede de los más delicados afectos hacia la humanidad que sufre, siente a cada minuto la impaciencia de terminar la campaña en que no ha experimentado ni un solo revés, y hombre al fin amante de la gloria, quisiera adelantarse a las huestes de Mariño que avanzan hacia Cumaná

y Barcelona, para tener la gloria de que nadie pise antes que él las venerandas ruinas de Caracas. Su deseo se cumplió porque sólo tres días antes de su entrada triunfal en Caracas, esto es, el 3 de agosto, fue cuando Mariño rindió y ocupó a Cumaná.

Los tenientes del caudillo, bajo sus instrucciones y dirección, desbrozan admirablemente el camino de gloria. Después de Niquitao, José Félix Ribas bate a González Fuentes en el Tocuyo, y comprometiendo una vez más sus escuálidas fuerzas y los designios de Bolívar que no quería sino que se fuese acercando a la línea central del movimiento del ejército, fue en cambio aproximándose y desafiando a Barquisimeto con audacia y felicidad. Oberto aceptó el reto (22 de julio) en el sitio de Los Horcones. Nuevo día de gloria: 500 infantes y 80 jinetes del patriota vencieron a 800 unidades de infantería, 190 de caballería y 4 cañones que se vieron forzados para aligerar su precipitada fuga y dispersión, a tirar al suelo las armas y abandonar equipo y cuanto conducían.

Era preciso desembarazar el camino que los conducía a la capital, impedir que las fuerzas fuesen cogidas entre dos fuegos: los de Oberto e Izquierdo por Araure y San Carlos, y los de Barquisimeto; pero derrotado en Los Horcones Oberto, que abandonó a Araure para salir al encuentro de Ribas, quedó eliminada la preocupación de Barquisimeto y sólo quedó a Bolívar Izquierdo por el frente.

En San Carlos Bolívar, reforzado por Urdaneta y por Figueredo con su caballería reunida en los llanos de Barinas, lanza rápidamente sus tropas contra Izquierdo, que aterrado por la rota de Los Horcones y por representarse un ejército muy superior a la realidad, no osa esperarlo en San Carlos y le abre camino emprendiendo rauda fuga a Tinaquillo. A alcanzarlos parte Bolívar con sus 230 hombres el 30, y el 31, ya en la última jornada para la acción, sabe que Izquierdo sigue en retirada.

Izquierdo probó después ser un jefe pundonoroso y valerosísimo; pero gobernado por Monteverde, cobarde y torpe, hubo de sufrir las consecuencias de esta torpeza y cobardía, y a ello se deben en parte sus vacilaciones y errores. Porque anona-

dado el capitán general, que a la sazón fortificaba a Valencia, por los reveses de Tiscar, Martí y Oberto, y espantado con la formidable rapidez y acometividad de los insurgentes, perdió completamente el seso: su imaginación seguía a cada minuto agrandando el miserable ejército que Baralt y Díaz fijan en 2.300 hombres y Lecuna en 1.500, y temblaba de rabia y de pavor. Con estos dos sentimientos como consejeros no es posible que la inteligencia encuentre su campo propio. Monteverde ordena a Izquierdo que apresure su huída de San Carlos con sus 1.200 veteranos, los mejores que tenía la reserva, y la enorme superioridad adicional de su artillería. No pasa el día y le manda que regrese a San Carlos a desbaratar al insurgente; mas temiendo que el insurgente, a pesar de todo, derribara su aparato bélico y llegara impetuoso hasta Valencia, le ordena: "¡Para que usted pueda marchar contra él con más ligereza y expedición, mándeme un obús, un cañón y 200 hombres de las fuerzas que manda!", que es como decirle: tiene usted que habérselas con un enemigo como pocos; por consiguiente, disminuya usted su columna para salirle al encuentro. El realista, no obstante, se detuvo en Tinaquillo.

Era indispensable acabar con el realista e impedirle la retirada a Valencia; porque de llegar a esa ciudad la situación patriota habría cambiado en seguida para lo peor, teniendo que habérselas con las fuerzas reunidas de Monteverde e Izquierdo.

Bolívar dirige en persona ese movimiento. Va acompañado de sus gallardos capitanes Urdaneta, jefe de la vanguardia, Girardot, D'Eluyar, Figueredo etc. Las avanzadas enemigas esperan en la sabana de Los Pegones. Urdaneta las bate y pone en fuga. Mas en la persecución encuentra que en magnífica formación el enemigo se halla en orden de batalla en la contigua sabana de Taguanes, separada de aquélla por unas colinas. El sitio y la ocasión no podían ser mejores para el despliegue de nuestra caballería. Trazado el orden de batalla por Bolívar, Izquierdo comprendió su inferioridad táctica y cayó en la cuenta del error cometido al esperarlo en esa llanura apta para la caballería.

Pero Urdaneta no podía ganar la ansiada victoria con la sola descubierta que encabezaba, sin el concurso de la infan-

tería que no había llegado aún, y tuvo que contentarse con contener al enemigo mediante vigorosas cargas que éste resistía con extraordinaria serenidad y valor mientras se retiraba en columna cerrada y orden excelente tomando la vuelta de Valencia. Aquello parecía un preludio de la famosa retirada del batallón "Valencey" en la gloriosa segunda de Carabobo.

El enemigo se retiraba impertérrito: era su mejor expediente reunir sus fuerzas con las de Monteverde y esperar así el huracán que se avecinaba: con los 400 soldados de a pie y 500 de a caballo, más las 30 piezas de artillería que tenía el tirano, la reunión habría formado una formidable valla antiboliviana de 2.100 combatientes bien experimentados y provistos de cañones y elementos de boca, que oponer con éxito a las magras unidades reclutas débiles y sin mayores recursos materiales que le perseguían con una caballería ciertamente muy superior a la de ellos. Si logra salvar la llanura y ascender la cordillera está perdida la jornada para los republicanos.

Ya Izquierdo se acerca al anhelado límite, y la luz solar amenaza por momentos desvanecerse. Los jefes patriotas se desesperan aumentado por grados su ardor y su coraje que transmiten a sus combatientes como una corriente eléctrica. De pronto se oye el alto eco de una voz estridente, desgarradora, que prolonga el sonido de las eses y erres, orden que se comunica de cuerpo a cuerpo, de compañía a compañía, de escuadra a escuadra. "¡A triunfar! ¡Los soldados, a las ancas de los caballos!" Era la voz del general que en ese instante realizaba una de esas geniales improvisaciones con que acostumbraba variar el plan de batalla o modificar sus instrucciones para el mejor aprovechamiento de la acción.

La orden se cumple puntualmente: detrás de cada jinete se coloca uno o dos infantes, y así reunidos todos los combatientes, la caballería alcanza a galope tendido a los fugitivos casi en el preciso momento de ponerse a salvo en la cordillera, en la que los veteranos de España habrían superado *ipso facto* a nuestros jinetes y corrido a mansalva a fortificarse con Monteverde que ya estaba apercebido para la defensa, y pulverizarnos sin piedad. Los enemigos no contaban con que podía acontecer lo que ocurrió.

Desmontaron los infantes, y es de imaginarse la sorpresa y el desorden que introdujo en las filas de Fernando VII el raro espectáculo de esos extraños caballos de Troya que parían esas legiones de soldados que los saludaban inopinadamente con mortales salvas de fusilería y se introducían entre ellos hasta pasar al otro lado, poniéndolos por consiguiente entre dos fuegos.

Pelearon con gran valor los realistas; con ardor y denuedo los nuestros, haciendo entre aquellos una carnicería espantosa. Izquierdo se portó a la altura de las circunstancias como un verdadero soldado español, y, mal herido, fue trasladado al hospital de San Carlos por orden de Bolívar, que así rendía homenaje a su heroico valor. Lo mismo hizo con otros oficiales. Izquierdo falleció de sus heridas poco después. Todo, absolutamente todo, se perdió para los realistas en esta terrible batalla, la más importante y decisiva de toda la campaña. "Toda la tarde", dice Bolívar en el parte, "duró la acción en que murieron muchos españoles, entre ellos 6 de sus mejores oficiales, uno de éstos el comandante Izquierdo. Perdieron toda su infantería, que quedó o dispersa por los bosques, o prisionera o pasada a nosotros, pudiendo asegurar que no escapó ni un solo infante. . . , siendo mucho de extrañar que no hubiésemos tenido por nuestra parte otra pérdida que la herida leve de un soldado".

Si la última parte hubiera de interpretarse al pie de la letra tendríamos que concluir que es la cosa más maravillosa del mundo. Están de acuerdo los historiadores en que los patriotas contaron 200 muertos en sus filas, y 700 los realistas en esa batalla campal de 6 horas, resultado del inteligente plan trazado por el general en jefe desde Barinas. Sólo un oficial a caballo, Mariano Udaondo, tuvo la fortuna de salvarse para llevar la noticia a Monteverde.

¿De qué material eran esos hombres ajenos al sueño, a la fatiga y al temor, que no exigían tregua ni descanso para marchar, para pelear día tras día, para coronar tantas jornadas de gloria? Eran del bronce que forjaba el general en jefe con el fuego de su amor sacrosanto; eran los discípulos a quienes enseñaba a amar la libertad por sobre todos los peligros, a triunfar por entre todos los obstáculos y contratiempos, a confiar en el éxito seguro de la pertinacia y la constancia.

¿Qué era mientras tanto del capitán general Monteverde? Había salido de Valencia para reforzar a Izquierdo; mas habiéndolo encontrado Udaondo con sus tristes nuevas en la llanura de Carabobo, en la noche del 31 de julio, retrocedió a Valencia, y sin darse un momento de descanso huyó a espetaperro a encerrarse en Puerto Cabello. Apenas un año y dos días habían pasado desde su ocupación de Caracas.

Desde luego a partir de este momento quedaba abierta otra campaña. Puerto Cabello, el puerto que un año antes había caído en poder de los realistas, arrebatado de las manos de su comandante Bolívar, por la traición de Fernández Vinoni y las intrigas de los prisioneros españoles que encerraba, en correspondencia con el ejército de Monteverde, el fugitivo de ahora; Puerto Cabello se convertía una vez más en desafiante baluarte realista, con la presencia de Monteverde y los 300 soldados que sólo le quedaron de los 900 que tenía, por efecto de la confusión y pánico que ocasionó la noticia del triunfo alcanzado contra Izquierdo en Los Taguanes. Por el momento era ésta una empresa secundaria. Lo principal era aprovechar la superioridad obtenida, navegar por el río revuelto del desconcierto realista, tomar posesión de Valencia, entrar triunfante en Caracas, sacar partido del prestigio de la victoria para aumentar la fe popular en la causa de la República y en los propios destinos gloriosos de su caudillo.

¿Cómo iba el jefe supremo del ejército a imaginar que Monteverde, el baladrón y soberbio Monteverde, con 900 hombres y no pocas piezas de artillería en Valencia, había de escaparse ingloriosamente sin hacer un solo amago de resistencia! Pero así fue.

Inútilmente se preparó el patriota para tomarse la ciudad a viva fuerza, porque llegado al frente de ella se asombró al encontrarla desierta de enemigos, y la ocupó pacíficamente el 2 de agosto en medio de jubilosas aclamaciones. Su ejército se aumentaba a cada momento con los patriotas que desertaban de las filas realistas y se presentaban con sus armas y las que iban recogiendo, arrojadas por desertores fugitivos.

Se ha censurado a Bolívar y achacádosele como error funesto el no haberse convertido al punto contra el valioso ba-

luarte de Puerto Cabello para dar en tierra con Monteverde en esos precisos momentos de pánico y salvar la fortaleza, y con ella los numerosos prisioneros que en su recinto llevaban una vida precaria desde que el canario cometió la perfidia con que violó el pacto de San Mateo. No creemos que en realidad hubo tal error. Nos aventuramos a pensar que la determinación de seguir hacia la capital se justificaba: basta considerar que las tropas estaban desnudas, cansadas, mal nutridas, sin esperanza por el momento de remediar esa situación que ya la imaginación les mostraba aliviada, que no podría aliviarse sino en el seno de la próspera ciudad. Por otra parte era de temerse que en ella se originaran fuerzas de oposición y resistencia que harían más complicados los sucesos.

Pero era preciso mantener a raya a Puerto Cabello. El valeroso granadino Atanasio Girardot fue comisionado para su vigilancia y el ejército continuó al día siguiente su camino hacia la capital.

“Tiene usted cumplida mi oferta de libertar a mi país”, escribe Bolívar a Camilo Torres desde Valencia.

El brigadier Antonio Fierro, que tenía la gobernación de Caracas y el mando interino de la capitanía general desde que Monteverde salió de la ciudad para Valencia, y había sido confirmado en el puesto al huir de ésta el tirano, sintió la cabeza tambaleante sobre sus hombros, herida por la cuchilla de la guerra a muerte. El huracán patriota le silbaba en los oídos, le azotaba el rostro, lo derribaba mortalmente. ¿Cómo contenerlo? Una junta reunida por él a la carrera para deliberar sobre la situación creada le había aconsejado proponer a Bolívar una capitulación. ¿La concedería? Y si la concediese ¿no se acordaría de Monteverde y la suya? ¿No seguiría ventajosamente el ejemplo de éste?

En medio de su angustia se acordó del antiguo criptorrealista, don Antonio Fernández de León, marqués de Casa León, amigo del vencedor, a quien ocultó en su casa en los aciagos días del aprisionamiento de Miranda y pérdida de Puerto Cabello, para sustraerlo a la perfidia de Monteverde; y vino a su memoria también el gran amigo y benefactor de Bolívar, su

“adorado amigo Iturbe”, a quien “le debía cuanto le pudiera exigir; un hombre tan generoso como era él desgraciado” en el anterior año de desgracias de 1812, quien le obtuvo, en suma, el pasaporte para salir del país y esquivar quizás la muerte con estas generosas palabras: “Aquí está el comandante de Puerto Cabello, don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena yo la sufro; mi vida está por la suya”; y echó mano del insigne Felipe Fermín Paúl, de don Vicente Galguera y del presbítero Marcos Ribas. Con estos personajes formó Fierro un muro de contención contra el ímpetu homicida que con sobra de razón imaginaba, pues conociendo el decreto de guerra sin cuartel temía que reviviese el recuerdo de la sangre, crueldades e infamias con que el déspota fugitivo había consolidado su usurpado poder hacía apenas doce meses.

Los cinco comisionados partieron en busca de Bolívar, con quien se encontraron precisamente en La Victoria, y apenas a diez días del primer aniversario de la fecha luctuosa del triste pacto que celebró el generalísimo Miranda con Monteverde; y mientras trataban sobre los términos de la capitulación propuesta por Fierro, este se escurría hacia La Guaira y el extranjero, habiendo engañado con vileza a sus amigos; se salvaba así de cualquiera eventualidad, sin importarle nada las vidas, intereses y tranquilidad de las tropas y demás realistas que no habían alcanzado a evacuar a Caracas, a quienes dejaba en el mayor desconcierto y desamparo.

Proponía Fierro hipócritamente a Bolívar por el artículo primero de la capitulación, que se estableciese en Venezuela la constitución española; y por el artículo cuarto, que las tropas triunfantes no podrían entrar en la capital antes de 15 días a partir de la fecha de la ratificación del convenio.

No se ocultaba al realista que el vencedor rechazaría indignado lo primero, y en cuanto a lo segundo, era ingenuo pensar que éste no comprendiera en seguida la mala fe de su contenido.

Los demás puntos sobre reconciliación y olvido fueron concedidos sin vacilación, alegando Bolívar por su cuenta exenciones favorables a los militares españoles.

Y el vencedor pensaba y comunicó por escrito a los realistas: yo podría aplastar a los contingentes realistas con mis fuerzas vencedoras sin hacer el menor caso de sus proposiciones; podría vengar en sus vidas las vidas patriotas sacrificadas, los suplicios inhumanos infligidos a los nuestros; podría con toda justicia hacer efectivo en su pleno vigor el decreto de guerra a muerte; pero he de firmarlas "para mostrar al universo que aún en medio de las victorias los nobles americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación a los mismos enemigos que han violado el derecho de gentes y hollado los tratados más solemnes. Estas capitulaciones serán cumplidas religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honra del nombre americano".

Nobleza, grandeza, generosidad respira el documento. Habría sido un magnífico prólogo a la abolición de la tenebrosa guerra sin cuartel que ensangrentaba despiadadamente la vasta región de la capitanía general, y que fuese así era el anhelo de Bolívar, pero este generoso movimiento se vio pronto frustrado.

CAPITULO XIII

1813

EL SITIO DE PUERTO CABELLO

RESUMEN:

La capitulación sin ratificarse. — Fue un engaño dilatorio. — Fuga de Fierro. — Entrada triunfal de Bolívar en Caracas. — Aclamado Libertador. — Los españoles y canarios, libres sin ser molestados. — Monteverde se niega a la ratificación. — Medidas de organización: el comercio y la agricultura. — La mala semilla del federalismo. — Triunfo de los principios de don Francisco Javier Ustáriz contra el federalismo. — “Todo debe ceder ante la salvación de un país”. — El ejemplo de los Estados Unidos es inconducente. — La elocuencia de las raudas campañas desde el Magdalena hasta Caracas. — Es menester sacrificar las pretensiones interesadas en obsequio del orden y del vigor de la administración. — La persistencia de unos mismos ideales en el Libertador. — Prodigiosa actividad de Bolívar. — Bolívar dictador. — Ponderosa tarea. — Preocupación ante las numerosas amenazas. — Rebelión de pardos. — Connivencias con los realistas reclusos en Caracas y La Guaira. — Confusión de ideales en la población. — Bolívar nuevamente en campaña. — Sobre Puerto Cabello. — Escasez de tropas. — Mariño con las mismas necesidades y preocupaciones que Bolívar. — Lo auxilia con una escuadrilla. — Toma de las Vigías y el Mirador de Solano. — Zuazola prisionero. — La terquedad de Monteverde pone la vida de los realistas al arbitrio de los independientes. — Bolívar deseoso de atenuar o terminar el imperio de la guerra a muerte. — Diego Jalón. — Zuazola ahorcado. — Represalias de Monteverde. — Bolívar retrocede a Valencia. — Bárbara: muerte de Girardot. — Las Trincheras. — Monteverde herido y recluso nuevamente en Puerto Cabello.

Había transcurrido con creces el término perentorio de 24 horas estipulado en la convención para que ella se ratificase

por la autoridad peninsular. ¡Qué iba a ratificarse si Fierro abandonaba precipitadamente a Caracas el mismo día 4 en que se firmaba, para embarcarse en La Guaira, rumbo al extranjero! Dejaba encargado de la gobernación al patriota Francisco Fermín Paúl.

Bolívar, no obstante, continuaba su marcha triunfal en medio de las mayores demostraciones de admiración, júbilo y gratitud que se rendían a su paso, sin que ocurriese acto alguno de venganza o represalias por parte de los que se veían ya libres de una pesada e inhumana coyunda.

Ochenta y cuatro días duró ésta que con justicia se ha llamado la Campaña Admirable.

Cuando el 7 de agosto hizo por fin su entrada a la ansiada Caracas, las demostraciones populares tomaron el carácter de apoteosis romana. El nombre de Libertador que ya sonaba *sotto voce* entre la tropa desde la iniciación de la campaña y desde Mérida siguió más acentuado, se convirtió ahora en epíteto público y consubstancial del caudillo, que había de grabar indeleble en sus páginas la historia universal: Bolívar no es el "Libertador Bolívar", sino "Bolívar el Libertador", o simplemente o por antonomasia el Libertador. El título de Libertador, "el más grande que puede apetecer el orgullo humano", le fue más tarde confirmado oficialmente por el cabildo en la iglesia de San Francisco.

Abandonadas y paralizadas las divisiones españolas de Budia y Mármol, no les queda otra salida que entregarse al vencedor. Este toma posesión del mando provisoriamente, y quedan conjurados los desórdenes del desgobierno dejado atrás por los realistas fugitivos.

Como sombras de seres que revivieran al contacto de un rayo de luz, surgieron de sus refugios ciudadanos que huían antes las garras de Monteverde y sus secuaces, escondidos en las espesuras de las selvas y en las reconditeces de los Andes o estaban reclusos en las infectas cárceles realistas. Respiraban ya, y respiraban mano a mano al lado de los que los persiguieron y determinaron su desaparición del mundo civil de los hombres para habitar entre los peligros de los seres dañinos de la na-

turalaleza. ¿Cómo podía ocurrir ahora semejante fenómeno de connivencia? ¿Dónde había ido a parar el reciente desesperado decreto de represalias: “¡españoles y canarios, contad con la muerte...” Vigente estaba la medida, la cobarde fuga de Fierro había frustrado la noble esperanza concebida por el vencedor al firmar la convención del 4 en La Victoria. Ningún otro testimonio es tan claro para hacer ver la ingénita humanidad y temperamento civilizado del caudillo. Malhechores, azuzadores de desmanes, españoles y canarios que andaban muy distantes de obrar activamente en pro de la independencia de América, como lo exigía el decreto de Trujillo, había dejado el brigadier Fierro absolutamente a merced suya y al arbitrio de los que habían padecido por su causa. Ni ellos ni sus propiedades fueron víctimas de la ley ni lesionados por Bolívar y su pueblo triunfante. Y conste que deseando el jefe supremo y libertador rubricar su actitud con un documento impercedero, remitió a Puerto Cabello el tratado para que lo sancionase Monteverde, que cegado por su estúpida soberbia lo rechazó manifestando que Fierro al proponerlo había obrado sin autorización: “no es lícito hacer tratados con los rebeldes a su rey. Yo jamás podré convenir en unas proposiciones impropias del carácter y espíritu de la nación grande y generosa de que tengo el honor de depender... Ni el decoro ni el honor, ni la gran nación española me permiten entrar en ninguna contestación ni dar oídos a ninguna proposición que no sea dirigida a poner estas provincias de mi mando bajo la dominación en que deben legítimamente existir”. He aquí el corpulento, rígido tronco que desenraíza el huracán mientras el sencillo y flexible junco convierte a la tempestad en juguete de su tallo, según la bella imagen de Sófoles. En consecuencia, y no siendo ratificado el documento firmado con los emisarios del brigadier Fierro, el jefe supremo procedió a encarcelar en Caracas y La Guaira un crecido número de españoles y canarios que con todo y estar comprendidos en el decreto de guerra a muerte andaban libres de molestias.

Mientras tanto era preciso reinstaurar el comercio y la agricultura en la nación, y el caudillo ideó hacerlo abriendo los pueblos tradicionalmente cerrados por la política española, para que tuviesen entrada hombres y cosas del exterior.

Entre las malas semillas que guardaba la tierra dispuestas a mostrarse en cualquiera ocasión con mortal lozanía, estaba la disputa sobre régimen político nacional. No paraban mientes algunos ciudadanos ilustrados y meritorios en el desastre de la primera República a que dio lugar el triunfo de los federalistas adversados el año anterior por Miranda y Bolívar; ni tomaban lección de la guerra civil y de las desgracias que asolaban a Nueva Granada a consecuencia de la malhadada escisión del país en federalistas y centralistas. El soplo primaveral de libertad hizo crecer las semillas y se entabló la disputa. Don Francisco Javier de Ustáriz, que abrigaba la misma convicción de Bolívar, propuso un proyecto de estatuto para desechar el régimen de los estados soberanos, el que resultó triunfante sobre el federalismo. Una vez más el Libertador, ya en esta ocasión con el vigoroso argumento de los hechos, salió a la palestra para defender el régimen unitario. Ya en el Manifiesto de Cartagena había mostrado elocuentemente los malos efectos del federalismo señalando la triste situación de la República. No se le ocultaba que en mucha parte "la envidia, siempre amenazante y hosca, y el ruin temor", según las palabras del poeta, eran móviles de sus adversarios. Los desesperaba su elevación con poderes concentrados y temían por el uso que de ellos pudiera hacer. "No me importan estos sentimientos", exclamó, "cuando de las providencias para la salvación de un país depende la existencia y fortuna de un millón de habitantes, y *aun la emancipación de la América entera*, toda consideración debe ceder a objeto tan interesante y primero".

Vuelven los adversarios a esgrimir el ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica como si las condiciones fueran unas mismas allá que acá; como si sus estados soberanos no se hubiesen establecido sino a doce años de terminada la lucha por la emancipación, cuando ya estaba reconocida su autonomía por sus propios opresores y enemigos; como si durante todo el período de lucha, que es precisamente nuestro caso, los mismos vencedores no hubiesen regido unitariamente el país, no hubiesen "sido los jefes superiores del estado a cuyas órdenes todo salía sin réplica: ejércitos, armas y tesoro". Ni es posible una soberanía sin suficiente población ni riqueza para hacerla respetar por sí sola. Ochocientos mil habitantes, casi la totalidad

de nuestra población nacional, es la menor población del más débil de aquellos estados. La Nueva Granada es un ejemplo de lo que puede sobrevenir a Venezuela con el régimen de los estados soberanos. Los triunfos sin interrupción que hemos obtenido desde Tenerife hasta Caracas obedecen en primer término a la concentración de todos los poderes en una sola mano, la del jefe del ejército. En la necesidad de acción rápida en que nos hallamos, la intervención de muchos es como la máquina en que haya que mover muchos resortes: mientras más numerosos sean éstos tanto más lenta será la acción; mas si no hay sino un solo resorte girará con más rapidez y son más sus efectos.

Estas y otras reflexiones las consignó magistralmente en una carta del 12 de agosto al gobernador de Barinas, agregando: "en conclusión, para que no quede lugar alguno a la calumnia y para que haya en V. S. una suma de autoridad semejante a la soberana de V. S. la suprema administración de la justicia civil y criminal sin apelación, reservándome, como en todos los gobiernos que existen, los demás departamentos del poder: la guerra, la paz, las negociaciones con potencias extranjeras y la hacienda nacional. V. S. entre tanto, como gobernador de la provincia, será el órgano para la ejecución de las órdenes que se expidan sobre los objetos indicados.

"Si un gobierno descendiera a contentar la ambición y avaricia humana, piense V. S. que no existirían pueblos que lo obedeciesen.

"Es menester sacrificar en obsequio del orden y del vigor de nuestra administración las pretensiones interesadas; y mis innovaciones, que en nada exceden la práctica del más libre gobierno del mundo, serán sostenidas a toda costa por exigirlo mi deber y mi responsabilidad".

No dudamos que por su mente pasaba también la idea de que la distracción de poderes, en tiempos como los que corrían, estuvo a punto de imposibilitar las campañas del año anterior y la rauda expedición que en menos de tres meses condujo sus pequeñas columnas desde Cúcuta hasta Caracas: lo uno por causa del comandante Labatut que le vedaba separarse, por razones nunca justificadas, del puesto inactivo y sin gloria

de Barranca; lo otro por la orden inconsulta del congreso granadino de que las tropas no marchasen más allá de las provincias de Mérida y Trujillo, orden dada a distancia en el tiempo y en el espacio, orden ciega que hubiera hecho perder todos los hercúleos esfuerzos realizados y privado quizás a la América del hombre capaz de darle autonomía y colocarla así en las vías de la libertad y el progreso.

De paso se confirma en este documento la unicidad de ideales del Libertador en todo tiempo. No intentaba limitar su sacrificio a la patria. Sus movimientos hasta ahora eran como algo preliminar para establecer la independencia de la América entera y hacer en cierto modo la unificación del continente de Colón, pensamiento expresado, por otra parte, más precisamente en la comunicación a Camilo Torres al reiterarle "los inextinguibles y fervientes deseos que desde el glorioso 19 de abril ha manifestado Venezuela de establecer y conservar las más estrechas relaciones de amistad, unión y alianza con sus hermanos de América".

En definitiva, el estatuto de gobierno de la reinstaurada República quedó establecido de conformidad con los principios de Ustáriz y Bolívar, compartidos por muchos otros ciudadanos competentes y responsables a quienes se consultó.

Bolívar quedó investido de un poder discrecional, excepto en lo concerniente a la administración de justicia, medida que como se ha visto reclamaba con urgencia la situación.

Ponderosa tarea la del hombre. A todo atendía con su ingénita actividad. Nueve días de permanencia en Caracas le bastaron para organizar el gobierno y proveer a las diversas y urgentes necesidades, hasta donde lo permitía la situación. En ese término conjuró el caótico desorden dejado tras sí por los realistas y devolvió a la capital la serenidad perdida, infundiendo confianza y seguridad; proveyó a levantar fondos mediante confiscaciones de bienes de los enemigos fugitivos y empréstitos forzosos; aumentó y disciplinó las tropas. Y menos días habría empleado en ello su prodigiosa capacidad y actividad; pero la discusión de la forma de gobierno que había de adoptarse, en que se vio envuelto por los federalistas, fue una de las causas que le hicieron demorar más de lo conveniente,

restándole el tiempo indispensable para haber marchado sobre Puerto Cabello en los momentos en que Monteverde, atolondrado por la victoria de Taguanes, abandonó precipitadamente a Valencia para encerrarse en esa fortaleza sin tiempo ni previsión para ponerla en estado de defenderse contra un sitio patriota. De haber seguido contra ella sin demora y establecido un sitio formal, sin lugar a dudas la habría conquistado, y acaso también el tirano habría caído en sus manos. Gran perjuicio causó la extemporánea discusión de principios. Cuando por fin pudo desprenderse de la capital el 16 de agosto, ya Monteverde, con su innegable actividad, estaba organizado en su cubil, habiéndolo puesto en adecuado estado de defensa.

Bien comprendía Bolívar, al contrario de muchos de sus compañeros y simpatizantes de la causa, que su magnífico triunfo estaba lejos de ser definitivo, teniendo en cuenta el profundo y extenso sentimiento antirrepublicano que había en la capital y provincias: Reyes Vargas y Torrellas paseaban indómitos e impunes sus hordas de 1.000 hombres. Maracaibo y Coro continuaban su veneración por el rey. Pueblos como Carache, Pedraza, Achaguas, Bailadores, no tenían otros amores. Por otra parte, la escasez de tropas no permitía al dictador guarnecer debidamente las provincias libertadas. Puerto Cabello se presentaba amenazante en poder de Monteverde. La Guayana era base de los más feroces enemigos: Boves, Yañez, Morales, Cajigal etc.

Decimos, pues, que el 16 de agosto, a nueve días de su entrada triunfal, decidió salir en persona a una nueva campaña para reducir a Puerto Cabello, dejando al doctor Cristóbal de Mendoza encargado de la gobernación de Caracas, y al Coronel José Félix Ribas como jefe militar. Desde luego que el peligro no estaba sólo de este lado.

Y comenzó la campaña de 1813 que estaba llamada a ser por su resultado, un reverso de las gloriosas acciones emprendidas desde las márgenes del río Magdalena.

Los levantamientos contra los libertadores en la provincia de Caracas en cuanto Bolívar emprendió la campaña, comenzaron con la rebelión de los valles del Tuy.

Instigados por los realistas de la capital y La Guaira, los pardos, esclavos, manumisos y gente baja, se sublevaron pro-

clamando al rey y cometieron depredaciones en las poblaciones de Yare, Santa Teresa y Santa Lucía. No valió que destacamentos del gobierno los dispersaran, pues volvían a reunirse en número creciente que antes de un mes llegaba al no despreciable y amenazante, de 800 hombres. Atacados por José Francisco Montilla en San Casimiro, hallaron sus guaridas en los montes casi impenetrables. Eran vivos y activos focos alimentados por los realistas influyentes de la capital y pueblos adyacentes y por los presos de las cárceles, que justificaron la tremenda medida que más tarde tuvo que ordenar el Libertador contra los reclusos de Caracas y La Guaira, que conspiraban con ellos como hace un año tramaron victoriosamente contra el mismo Bolívar los realistas reclusos en Puerto Cabello hasta arrancarle las llaves y dominio de la fortaleza.

Cuando hablamos de realistas no nos referimos exclusivamente a los peninsulares e isleños canarios, aludimos también a venezolanos de alta alcurnia no avenidos aún con el régimen republicano. Un testimonio incontestable es la hermana mayor del caudillo, María Antonia.

¡Qué bueno y fecundo en resultados hubiera sido que el vencedor de Oriente, Mariño, y el conquistador de Occidente, Bolívar, hubiesen aunado sus esfuerzos y contingentes para conducir una campaña vigorosa! Pero Mariño estaba constituido en jefe supremo de aquella sección de la patria como Bolívar de la otra, y sea por emulación y ambición, sea por adolecer de escasez de fuerzas con que atender a todas partes, y nos atrevemos a pensar que esto último fue poderoso motivo, no cumplió todos los deseos del dictador de Occidente y hubo de contentarse con la ayuda de una pequeña y débil escuadrilla para que obrase sobre el puerto sitiado, punto vital ahora en el desarrollo de la guerra.

Preñado de sombras comenzaba a presentarse el horizonte. Los rebeldes de los valles del Tuy que amenazaban a la capital, contenidos y dispersados por José Francisco Montilla, formaban guerrillas. Ya hemos mencionado al valiente indio Reyes Vargas y sus depredaciones en unión con el presbítero Torrellas. El asturiano Boves organizaba en los llanos la famosa Legión Infernal que con 2.500 llaneros derrotó a Tomás Montilla en Santa

Catalina. Asomaba por todos los puntos un vigoroso resurgimiento de la reacción.

Obligado así a dividir su ejército de 2.000 hombres para cubrirse por el sur y por el occidente, quedaron al caudillo sólo 800 hombres para enfrentar la fortaleza de Monteverde, contra quien partió para poner sitio formal. Puerto Cabello es lugar fácil para ser abastecido desde la isla de Puerto Rico y de España con toda clase de elementos bélicos y humanos, por lo que había que considerarlo como objeto de primera importancia.

Todas las providencias reseñadas y muchas otras medidas por el momento oportunas fueron tomadas por el Libertador en Valencia, la más importante etapa de su marcha. Al fin pudo comenzar el sitio el 27 de agosto, habiendo dividido en dos columnas sus fuerzas: al mando de Girardot la una, por el camino de Aguacaliente; por el de San Esteban la otra, al mando de Urdaneta, y con ella iba el mismo general en jefe.

Girardot despojó al enemigo de los fuertes denominados Vigía Alta y Vigía Baja por su posición en relación con la eminencia en que estaban emplazados. Más adelante, en la cima, estaba el mirador de Solano.

La acometida de Girardot reveló de nuevo a un típico discípulo del general. Porque la orden que llevaba era la de limpiar el camino de San Esteban hasta el pie del cerro, y distraer a los enemigos de las vigías mientras aquél mismo se encaminaba a Puerto Cabello con la columna de Urdaneta, con el empeño de acometer a los realistas de las fortalezas y bombardear sus buques surtos en el puerto.

Tomadas las vigías, los enemigos hubieron de reducirse al mirador de Solano, desde donde con vivo fuego de artillería contribuían a la defensa de las fortalezas sitiadas. El ímpetu de la columna republicana de Urdaneta arrebató al enemigo el llamado pueblo exterior, esto es, toda la población excepto el recinto fortificado.

Intentan los sitiados sorprender una noche a los sitiadores, que los rechazan y obligan a refugiarse en sus puestos, y más aún: dos noches después, el 31 de agosto, siguen el ejemplo de aquéllos y penetran sigilosamente en los acantonamientos. La audacia de los nuestros produjo la gran sorpresa, el descon-

cierto, el terror en los sitiados; pero valerosos y resueltos éstos, no abandonaron sus puestos, aunque en la nerviosidad suprema de que eran víctimas abrieron fuego vivísimo en todas las direcciones, que logró rechazar a los americanos con pérdidas grandes y sensibles: más de 100 hombres entre los cuales considerable número de oficiales.

El sacrificio, no obstante, no fue del todo infructuoso, pues Zuazola, testigo de la tormenta desde el mirador de Solano que comandaba, creyó que el pueblo interior había sido tomado, abandonó su puesto y huyó a los montes con su gente dispersada.

Sirvió el incidente para mostrar una vez más la índole de Bolívar, sus vacilaciones para dar al decreto de guerra a muerte toda la efectividad de su contenido, su deseo de suavizar y regularizar la contienda. Partidas patriotas que batieron los montes en persecución de los fugitivos del Mirador dieron con la fiera humana, Zuazola, "hombre detestable, si la especie de sus iniquidades puede hacerle considerar entre sus semejantes", y la condujeron a presencia del Libertador el 13 de septiembre.

Entre las víctimas de la perfidia de Monteverde se hallaba desde los primeros momentos de la capitulación de Miranda, preso en Puerto Cabello, el coronel Diego Jalón.

Por la mente de Zuazola pasó con rapidez vertiginosa como una gran cinta de cinematógrafo, el recuerdo de todos los asesinatos cometidos, con sus horripilantes formas inventadas por él para mayor regodeo de su diabólica naturaleza. Comprendió que su hora había llegado. Al ser llevado ante Bolívar el infame, humilde y cobardemente, en contraposición con la saña e imaginación que empleaba para trazar formas de suplicios y deleitarse con la sangre de sus víctimas, le rogó de rodillas que no le diese muerte; que lo canjease con Diego Jalón, quien desde el año pasado gemía en las bóvedas de Puerto Cabello. No obstante la diversidad de condición humana y militar entre uno y otro, el jefe republicano encontró en la sugestión una coyuntura para lograr el retorno por su parte a una guerra más civilizada, para mitigar y aun anular el rigor de la guerra a muerte. Acepta y oficia al jefe realista por mano del mayor general Urdaneta: "A las cuatro de la tarde del día de ayer ha sido hecho prisionero por las tropas de la Unión el atroz Zuazola, cuyo nombre

puede apenas pronunciarse sin horror. Este hombre o monstruo degolló innumerables personas de ambos sexos en el pacífico pueblo de Aragua; tuvo la brutal complacencia de cortar las orejas a varios prisioneros y remitirlas como un presente al jefe de la división de que dependía; atormentaba del modo más bárbaro a los desgraciados presos que gemían en las mazmorras de La Guaira: de modo que por todas estas razones debió ser pasado por las armas en el acto de su aprehensión, y mucho más cuando sus hechos forman una parte de los motivos que hemos tenido para declarar la guerra a muerte; pero la humanidad que nos caracteriza mueve al general en jefe a acceder a la proposición que acaba de hacerle el referido Zuazola y es que sea canjeado por el coronel Diego Jalón, a pesar de la diversidad de graduación, principios y circunstancias que distinguen incomparablemente a uno y otro.

“También propone y acepta el general canje de 4 españoles más por otros tantos prisioneros...”

“Se espera la contestación definitiva en el término de tres horas...”

La contestación, por el mayor general Juan Nepomuceno Quero, es un trasunto de la terquedad de Monteverde y su despreocupación por la suerte de los españoles comprometidos por él:

“El señor capitán general, cuya humanidad ha sido bien conocida en Venezuela, se halla horrorizado de las crueldades cometidas contra los europeos por don Simón Bolívar; por tanto, se ve en la dura necesidad de valerse de la recíproca, y ha resuelto que por cada uno que sea en lo sucesivo sacrificado ahí, lo hará con dos de los que se hallan en estas prisiones, y por ningún caso accede a dar a Jalón por Zuazola, y sí canjear persona por persona de igual carácter...”

Una segunda nota del campamento republicano echa en cara al jefe español sus “perfidias, traiciones, crueldades, robos y toda especie de crímenes” que han determinado la declaración de la guerra sin cuartel “para tomar en parte la represalia a que el derecho de la guerra lo autoriza cuando el de gentes ha sido violado tan escandalosamente”; y le advierte que “el Libertador de Venezuela está pronto a sacrificar 6.000 españoles

y canarios que tiene en su poder por la primera víctima americana”.

Por el momento la medida estaba colmada con la soberbia y testarudez de Monteverde: Zuazola fue ahorcado a la vista del campamento enemigo, y fusilados tres de sus compañeros. Monteverde cumplió su amenaza: sacrificó 8 prisioneros, que no lo eran de guerra. Bolívar, en cambio se abstuvo por ahora de realizar la suya, determinado a pesar de todo a insistir para procurar un avenimiento con Monteverde que le evitara ese atroz derramamiento de sangre.

E insistió y tres días después envió de nuevo dos comisionados al efecto, siendo ellos los realistas españoles Francisco González de Linares y Salvador García de Ortigosa, venerable sacerdote, condiscípulo que fue de Bolívar, ambos amigos personales de Monteverde. Le ofrecía canjear a todos los realistas presos por los republicanos que tenía él en Puerto Cabello, en otras palabras más de 3.000 de los primeros por 122 de los nuestros. ¿Podría darse prueba mayor del deseo de un arreglo? Monteverde, tras de encarcelar, ultrajar y amenazar de muerte al parlamentario, venerable García de Ortigosa, contestó que daría libertad a los patriotas encerrados en Puerto Cabello en cambio de todos los realistas presos bajo el dominio de Bolívar, quien aceptó la desproporcionada propuesta; pero habiendo hecho el testarudo canario la precisa excepción de Jalón, la negociación quedó sin efecto.

Con esta detallada narración y con la circunstancia señalada por los historiadores, de que todavía en su anhelo de ahorrar sangre y lágrimas, por seis o siete veces insistió el jefe patriota, con el mismo resultado negativo, no es preciso más comentario acerca de la responsabilidad en la sangrienta hecatombe que se agregó a la ya existente en Venezuela. (*)

La nueva tempestad se acercaba rápidamente. Los defensores del Rey cobraban ánimo y osadía en todo el país. Diezmaba a los patriotas el clima mortífero de Puerto Cabello. Monteverde

(*) Para neutralizar las falsas noticias difundidas en el exterior sobre la conducta de los patriotas, emitió Bolívar desde Valencia el Manifiesto que aparece en el Apéndice N° 3.

recibió de España un refuerzo que había pedido con urgencia, consistente en la fragata "Venganza" de 40 cañones, 1 goleta, 6 transportes y 1200 hombres comandados por el coronel José Miguel Salomón, que por cierto escapó de caer en poder de los patriotas de La Guaira mediante hábil estratagema que habían trazado; y Bolívar resolvió volver a Valencia para establecer allí su cuartel general, dar descanso a las tropas y atender a su salud. Como es natural, esto las desalentó, principalmente a los efectivos venezolanos, no acostumbrados a los menesteres de la campaña; mientras las tropas granadinas conservaban intacta la moral bajo el supremo comando y la dirección subalterna de sus admirables oficiales. Gracias a la calidad sobresaliente de éstos el brillo del ejército no se apagó ni deslustró.

Envalentonados los sitiados e interpretando erróneamente este movimiento, salieron de su encierro, y en la disposición que dieron a sus tropas mostró Monteverde cuánta era su impericia en asuntos bélicos, tanto, que Bolívar no podía persuadirse de que obraba sin un designio oculto; y creyendo con razón que le tendía una celada, perdió cuatro preciosos días hasta caer en la cuenta de la realidad: Monteverde había colocado a su gente en dos cuerpos separados por un espacio de 10 kilómetros, en Las Trincheras y Bárbula. Arma al brazo Girardot, D'Eluyar y Urdaneta ascienden la montaña de este último nombre. Los enemigos huyen despavoridos. Heridos y muertos caen muchos en el campo. "¡Mire, compañero", dice Girardot a Urdaneta "¡cómo huyen esos cobardes!" y cae exánime herido de una bala perdida el gallardo granadino, gloria de la patria y del ejército, que tantos triunfos debía a su valor y pericia.

El realista había colocado sus numerosas tropas en trance de ser batidas sucesivamente en vez de precipitarlas en masa sobre las débiles y enfermas de los independientes, que una vez triunfantes en Bárbula cayeron sobre Las Trincheras al mando de D'Eluyar, y con doble coraje por la pérdida del incomparable compañero, castigaron tan severamente a los españoles, que herido el mismo Monteverde, no encontró otro recurso que encerrarse de nuevo en Puerto Cabello, de donde no debía salir ya sino desconocido y expulsado por sus propios subalternos, que sentían sus esfuerzos anulados por su terquedad, despotismo e ineficiencia.

CAPITULO XIV

1814

LIBERTADOR DE VENEZUELA Y GENERAL EN JEFE DE SUS EJERCITOS

RESUMEN:

Se restablece el sitio de Puerto Cabello bajo la dirección de D'Eluyar. — Los llaneros: su carácter. — Boves. — Sus orígenes. — Morales. — Amargos presentimientos de Bolívar: sus causas. — El decreto de honores a Girardot: sus móviles. — Bolívar se despide de sus tropas. — La sagrada teoría. — Honores al corazón del héroe. — La Municipalidad y notables declaran a Bolívar Libertador de Venezuela. — Instituye la orden de los Libertadores. — Triunfo de Boves en Santa Catalina. — Saqueo de Villa de Cura. — Batalla de Mosquitero: triunfo de Campo Elías. — Precario triunfo de García de Sena en Cerritos Blancos. — Yáñez somete de nuevo la provincia de Barinas. — El Libertador se ausenta de Caracas. — La rota de Barquisimeto. — ¿Fue obra de una traición? — El Batallón sin Nombre. — Vigirima. — Araure. — Acción brillante del Batallón sin Nombre. — El Batallón Vencedor de Araure: proclama de Bolívar. — Los pueblos son cada día más adictos a Fernando VII. — Boves en Calabozo.

Ocurría el combate de Las Trincheras y la retirada de Monteverde hasta su cerrado cubil de Puerto Cabello, el día 3 de octubre (1813). Su derrota, sin embargo, y el restablecimiento del sitio bajo la dirección del granadino D'Eluyar, estaban ampliamente compensados en favor de los realistas por la reacción que en el país siguió a la llegada de España del coronel Salomón y sus tropas. La defección de los pueblos se hizo más aguda y

los feroces y hábiles caudillos realistas que merodeaban por los llanos redoblaron su audacia para levantar tropas y atraer prosélitos entre los habitantes, ya usando del terror, ya dando rienda suelta a las inclinaciones bestiales, impulsos al robo, al saqueo, al homicidio, de las semicivilizadas tribus que formaban sus poblaciones.

Gente extraña ésta. En medio de los inmensos llanos donde vivían desde su nacimiento, no conocían sino la salvaje naturaleza, dura nodriza que no había sentido jamás el ala blanda y refrescante de la civilización y cultura. Esta primitiva existencia moldeaba sus sentimientos y pasiones, y admirablemente acomodaba a ella sus cuerpos. La permanente canícula que tuesta y agota al hombre extraño a estas regiones, a ellos les daba vigor y fuerza para las más duras faenas; a lo que contribuían sus hábitos corrientes de vida. Su vestido era a lo sumo un pantalón corto para cubrir desde la cintura hasta algo más abajo de las rodillas; su cama, el duro suelo; su casa, una rústica choza cubierta de hojas de palma, en algunas ocasiones cercada de cañas; su ejercicio corriente, la doma del potro bravío, la reducción del toro salvaje, la caza del tigre, la persecución de toda clase de fieras y alimañas; su arma de guerra, la lanza; su amor y cariño, el caballo que montaba en pelo, sin estribos, en que sostenido en equilibrio inflexible corría leguas tras leguas emulando al viento y superando la rapidez de las bestias que perseguía. Esta vida dura y azarosa era el marco de un espíritu despreocupado y cruel, insensible al espectáculo de la sangre derramada, que parecía más bien estimularlo en ímpetu de rapiña y destrucción.

Con tales condiciones no era necesario hablarles de opresión, que no conocían; de conquistar una libertad que jamás vieron coartada dentro de sus pampas inmensas que era el mundo para ellos. Bastaba ofrecerles perspectivas y ocasiones de ejercitar sus naturales inclinaciones. Con ellos era fácil formar ejércitos con jefes valientes, con tal de que conservasen la autonomía del pillaje y la crueldad. El tema de principios sociales era para ellos cosa inútil. Quien lograra seducirlos, realista o insurgente, con ese halago poderoso, había de sobresalir en uno u otro bando de la guerra.

Entre los realistas que supieron sacar admirable partido de los llaneros se hallaban José Tomás Rodríguez Boves y Francisco Tomás Morales, dos oficiales oscuros hasta que a la desocupación de Barcelona por el mariscal de campo Juan Manuel Cajigal de quien eran oficiales, y su consiguiente retirada a Guayana, eligieron los llanos de Caracas como centro de sus operaciones.

Boves, natural de Oviedo, destinado a una gran celebridad por haber sido el único que derrotara a Bolívar en una campaña total, era un antiguo criminal que ya desde antes de la proclamación de la República había sido condenado a 8 años de cárcel por los jueces de la Colonia por el delito de piratería. Las autoridades republicanas lo indultaron luego, y se trasladó a Calabozo donde segunda vez fue encarcelado y condenado a muerte por el delito de incidencia. La sentencia no se llevó a efecto porque el encargado de ejecutarla resolvió por sí y ante sí remitírselo a Miranda, lo que tampoco pudo verificarse por la ocupación de la plaza por Antoñanzas, quien abrió las puertas de la cárcel, por donde Boves se vio una vez más en libertad (1812), y vino a ser comandante general de los llanos de Calabozo, nombrado por Monteverde.

La otra fiera humana, émulo de Boves, compañero y subalterno suyo, por cuanto en los sucesos que han de referirse en esta historia figuraba como su segundo, es el ya dicho canario Francisco Tomás Morales. No ofrecía mucha diferencia con aquél en cuanto a su crueldad, el placer ante la agonía humana y los arroyos de sangre de sus víctimas. Muy lejos andaba, eso sí, de igualarlo en sus dotes militares, que sería injusto negárselas a Boves.

Eran hombres ideales para levantar los ánimos de los llaneros y formar de ellos columnas de fieras. Por otra parte, el rigor despiadado les suministraba carne de cañón en los pueblos, pues los que no se alistaban en sus hordas o tardaban en decidirse eran pasados por las armas. Provisiones de boca, que por otra parte parecía cosa muy secundaria para sus tropas asesinas, las tenían colmadamente en el ganado que pacía en oportuna abundancia. Su rápida movilización no era problema desde que las caballadas libres y abundantes en las fértiles lla-

nuras parecían colocadas a propósito para el servicio y propiedad de los que se apoderaban de ellas en nombre del Rey nuestro Señor.

Conocía Bolívar más que nadie la precaria situación en que se encontraba la segunda República por falta de elementos de guerra imposible de conseguir a causa de la prohibición inglesa a sus colonias de las Antillas, las únicas fuentes de suministro a causa de la hostilidad de la masa general de la población, que constituía una forja subterránea de reacción antidemocrática alimentada cada vez con más energía por tantas otras circunstancias adversas que le hacían ver más fuerte el partido real, de recursos inagotables que recibía por mar y los que le suministraba la misma tierra desde los llanos inmensos y riquísimos, accionados por el fanatismo tradicional en favor de la monarquía y por la habilidad de los jefes enemigos en sacar todo el partido posible de las condiciones espirituales, hábitos materiales, vicios y virtudes de sus habitantes.

Muy pocos, si algunos de sus compañeros, eran los que compartían los amargos presentimientos. El general en jefe procuraba por todos los medios sostener y aumentar la moral en sus abnegados subordinados, para lo que no desperdiciaba coyuntura. Una muy importante se le presentó con la trágica suerte de Girardot.

Las pompas y fúnebres honores que decretó y llevó a cabo a causa de la muerte del coronel granadino no han de tacharse como exageración casi extravagante. Sería una sinrazón, a nuestro modo de ver; con ellas entendió afirmar la lealtad de las tropas granadinas que formaban parte de sus fuerzas, y aumentar el patriotismo y decisión de todos en la perspectiva de los honores y gloria, capital objetivo y móvil poderoso de la carrera militar, hondamente sentido por el jefe supremo, y por lo mismo nadie tan calificado como él para infundirlo; y muy a propósito también los medios aparatosos puestos en juego en presencia de hombres de imaginación ardiente y corazón inflamable ante las formas ampulosas y deslumbrantes. A este conocimiento íntimo del alma de sus soldados debió Bolívar parte muy principal de los prodigios con que realizaba sus éxitos sorprendentes con los escasos medios de que dispuso regularmente.

Decretó, pues, el Libertador extraordinarios honores mediante su proclama del 30 de septiembre (1813) en que Girardot fue herido y muerto en el campo de Bárbula: "El coronel Atanasio Girardot ha muerto en este día en el campo del honor..." Después de una vívida reseña de la gloria que cupo a Girardot en el campo de Palacé, agrega: "...Hasta entonces Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron a un tiempo a su patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano. En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de Girardot han unido constantemente la victoria a las banderas que mandaba. Las provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo o gemían bajo cadenas, respiran libres y aseguradas con los esfuerzos con que él ha cooperado bajo las órdenes de los jefes de la Unión. Le han visto buscar en estos campos a los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando la muerte por libertar a Venezuela. Hoy volaba a sacrificarse por ella sobre las cumbres de Bárbula, y al momento que consiguió el triunfo más decidido, terminó gloriosamente su carrera"... Por tanto "para consignar en los anales de América la gratitud del pueblo venezolano a uno de sus libertadores, he resuelto y resuelvo lo siguiente: ..." Y decreta que cada 30 de septiembre se hará siempre un aniversario fúnebre por ser un día de luto para los venezolanos, no obstante las glorias con que se han cubierto las armas ese mismo día; que todos los ciudadanos de Venezuela llevarán luto por 30 días por la muerte de Girardot; que "su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores, y se depositará en un mausoleo que se erigirá en la catedral metropolitana". Provee además la proclama-ley que sus huesos serán llevados a la ciudad de Antioquia, su ciudad natal; que el 4º batallón de línea, "instrumento de sus glorias, llevará en el futuro el nombre de Batallón Girardot; que su nombre se inscribirá en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, como primer bienhechor de la patria"; que "la familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela"; etc.

La primera elocuente muestra del acierto del general en jefe y el estímulo de su medida fue el coraje con que los granadinos, guiados ahora por D'Eluyar, en compañía de otros soldados de Venezuela agregados al batallón, infligieron a Monteverde la severa derrota de Las Trincheras cuyas inmediatas consecuencias hemos mencionado atrás.

Era el momento de hacer prodigios de elocuencia para atizar las hogueras del patriotismo, ante las calamidades que volaban enarboladas en las lanzas de los llaneros de Boves y Yáñez. La herida de Monteverde en Las Trincheras, los realistas muertos en las dos batallas que acababa de perder por sus ineptos movimientos, la retirada que le impusieron las dos impetuosas derrotas, daban suficiente pie a una de sus geniales proclamas, con que se despidió de sus tropas que dejó al mando de Urdaneta, ya ascendido a General, mientras él partía para Caracas "a conducir en triunfo el gran corazón del inmortal Girardot y a recibir con los honores debidos a los libertadores de Cumaná y Barcelona, que ansiosos de adquirir nuevos trofeos vienen a participar de nuestros peligros y de nuestras glorias, guiados por el joven héroe Santiago Mariño, salvador de la patria". "No me aparto de vosotros, soldados granadinos y venezolanos", continuaba, "pues mi espíritu, mis sentimientos y mi amor os quedan. Yo os ofrezco volver más pronto que la luz a dividir con vosotros los trabajos marciales que hacéis por la salud de la patria, que ya os titula con el sublime renombre de Libertadores de Venezuela".

La sagrada teoría entró en Caracas con toda la pompa, con todo el esplendor de que es capaz la exhibición militar bien meditada y ordenada, produciendo en el ánimo los sentimientos de piedad, los anhelos de libertad, el entusiasmo bélico, la adhesión a los libertadores, que Bolívar había meditado. El corazón del héroe en magnífico catafalco erguido en la catedral metropolitana parecía allí un ara propiciatoria, reliquia venerada, ante la cual se robustecía el amor por la causa independiente. No faltaron los oficios religiosos, no faltó el panegírico del presbítero Francisco José Ribas; resonaron salvas de artillería en el claro cielo de Caracas, mientras un desfile de caballería, artillería e infantería ponía la nota guerrera en el ambiente de

la plaza mayor y teñía de ardor e ímpetu bélico los ánimos de hombres y mujeres.

Pero ocurre una observación: ¿No ha decretado Bolívar honores para sus jefes, oficiales y soldados? ¿No ha dado a Ribas el título de mariscal de campo, superior al suyo propio de brigadier? ¿Cuál queda para él mismo? ¡Libertador de Venezuela! La municipalidad y notables resuelven el interrogante. Bajo la presidencia del gobernador doctor Cristóbal de Mendoza, se reúnen el mismo día 14 de octubre en que tuvieron lugar los honores a Girardot, y decretan para el jefe el título de Capitán General de los Ejércitos de Venezuela vivo y efectivo, y además el sobrenombre de Libertador de Venezuela para que lo "use como un don que le consagra la patria a un hijo tan benemérito".

"Me aclaman V. S. S.", les dice en vibrante discurso a los comisionados que pasan a comunicárselo a su casa de Las Gradillas, "capitán general de los ejércitos y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra; pero V. S. S. deben considerar que el congreso de Nueva Granada, el mariscal de campo José Félix Ribas, el coronel Atanasio Girardot, el brigadier Rafael Urdaneta, el comandante D'Eluyar, el comandante Campo Elías y los demás oficiales y tropas son verdaderamente estos ilustres libertadores. Ellos, señores, y no yo, merecen las recompensas con que a nombre de los pueblos quieren premiar V. S. S. en mí servicios que éstos han hecho. El honor que se me hace es tan superior a mi mérito que no puedo contemplarle sin confusión..."

Desde entonces sustituyó el título de brigadier de la Unión que hasta allí había usado en sus proclamas después de su nombre, por el glorioso de Libertador de Venezuela y General en Jefe de sus Ejércitos.

Cónsono con las ideas que había expresado a los comisionados sobre sus nobles y eficientes compañeros de armas pensó: la gloria es quien mueve a la noble profesión de las armas. El soldado sólo encuentra digna recompensa a los sacrificios que hace por la libertad de la patria en los honores tributados a sus talentos y virtudes militares. Aun hoy se ven todavía los

monumentos erigidos en los pueblos antiguos para inmortalizar a sus libertadores. Si yo aceptase así como así, y con sobra de culpable egoísmo esta distinción del pueblo de mi patria, pronto se desvanecería el recuerdo de mis abnegados compañeros, y nuestros sucesores lamentarían no poder presentar a la memoria de sus libertadores un tributo de reconocimiento.

No es vana ambición, no es un soberbio valor quienes han armado a nuestros soldados: es "el santo amor a la humanidad, el grito de la justicia ofendida, la razón, la naturaleza y la libertad", quien ha puesto en sus manos las armas libertadoras que han triunfado de los tiranos, guiados por el Dios de los ejércitos.

Debo honrar a ellos, a esos héroes humildes: que nada caracteriza la demencia y arbitrariedad del gobierno español como ver prostituidos al favor y a la quimera del nacimiento, los emblemas honoríficos con que los pueblos libres han recompensado en todo tiempo las acciones heroicas.

Y después de estas consideraciones dictó el decreto por el cual crea la Orden de los Libertadores de Venezuela. La vena de la Orden "es el distintivo de todos aquellos que por una serie de victorias han merecido justamente el renombre de Libertadores, y ningún militar podrá obtenerla sin haber vencido tres veces por lo menos"; y con la creación del Consejo de la Orden que habría de reunirse para formar la constitución de ella "implorando antes el auxilio divino", que debía juzgar el mérito de los que debían aceptarse o el deshonor de los que debían expulsarse, y las ceremonias de admisión y expulsión pública y solemne, y el registro o protocolo de los libertadores de Venezuela y sus grandes acciones, mostró a su gente una vez más cuanta era su preocupación y celo por ellos no sólo en lo que atañe a su bienestar material en las precarias circunstancias de la guerra, sino en la participación en la gloria que a él cabía en la heroica empresa de la emancipación. En este lugar como en todas las ocasiones semejantes y propicias dejó impreso con indelebles signos el mentís más elocuente a la imputación de egoísmo y estéril vanidad.

Cuando estos sucesos tenían efecto en la capital, la nube oscura que amenazaba a la República se encapotaba más y más.

Boves había triunfado del teniente coronel Carlos Padrón en Santa Catalina, y siguiendo sus métodos exterminó a cuantos no lograron escapar de sus garras. Con la ocupación y saqueo de la Villa de Cura por el asturiano, las hordas enemigas cobraban más vigor y audacia.

No obstante, Campo Elías, español de nacimiento, el feroz Campo Elías, que respiraba odio salvaje contra sus paisanos, ganó el 14 de octubre contra Boves y Morales la sangrienta batalla de Mosquitero. Emulo de Boves y Morales, Campo Elías consumó una destrucción horrible en que no perdonó ni a los americanos, violando así una precisa salvedad del decreto de Trujillo; y sin el menor recato, en Calabozo se gozó en producir asesinatos indiscriminadamente.

Pero Boves no era hombre de darse por vencido, y pronto reunió más tropas con que continuar su obra.

¿Qué importaban triunfos efímeros como el de García de Sena en Cerritos Blancos? Ceballos, que apareció del centro realista de Coro, desbarató en Yaritagua los restos de los vencedores, y bien acompañado de 1.200 hombres y bien armado, el triunfo aumentó su fuerza material con el vigor moral que da el prestigio de la victoria. Así el triunfo de este realista y su fácil ocupación de Barquisimeto, fue la señal de la pérdida de occidente que Bolívar con tanto empeño trataba de defender y conservar.

Para completar los negros augurios que presentaba la perspectiva de la libertad por este lado, Yáñez, con una columna de más de 2.500 hombres, venía de San Fernando triunfando en Banco Largo, Nutrias y Guanare, esparciendo por doquiera la desolación y la muerte; y tras la fuga del gobernador Pulido de Barinas con numerosa emigración, ocupó la capital y consecuentemente sujetó a su yugo toda la provincia. Tan graves reveses suspendieron la tarea de organización civil que había retenido en Caracas al Libertador, y partió sin vacilar al campo del peligro, para hallar que las complicaciones de la campaña y la prudencia de los movimientos habían impedido a Urdaneta, encargado de la defensa del Occidente, pasar de la montaña del Altar, más precisamente del punto de la falda de esta montaña denominado Gamelotal.

Voló allí Bolívar haciendo sus acostumbrados prodigios de organización para llevar todos los refuerzos necesarios. El 10 de noviembre se empeñó el combate que se decidió en favor de los independientes; pero un suceso inesperado hizo perder totalmente la jornada. Y fue que mientras los soldados patriotas se ocupaban en celebrar el triunfo repicando las campanas y aun entregándose al saqueo, para contener estos últimos excesos, sin orden de nadie un tambor tocó retirada; lo que fue motivo de un desbande del batallón "Caracas", que seguido por los otros cuerpos vencedores, fue la señal para que el enemigo, no perseguido por los nuestros, volviese atrás, cargase e hiciese sobre ellos una memorable carnicería. Cosa de 1.000 hombres costó la ocurrencia. Casi todos fueron muertos o heridos o cayeron en manos del enemigo, agregando a esto la muerte, y nuevas heridas o mutilaciones de prisioneros que se hallaban en el hospital.

El batallón "Caracas", responsable del desbande y consiguiente pérdida de una batalla ya heroica y gallardamente ganada, fue despojado de su nombre y bautizado por una orden general con el de "Batallón sin Nombre", calculando el Libertador que con la medida encendería en ellos el deseo ardiente de lavar la afrenta, tal como sucedió, según veremos después.

Se ha dicho también que el toque de retirada, tan costoso para las armas republicanas, fue obra de traición. El hecho está envuelto en sombras como muchos otros similares que ocurrieron en la feroz guerra venezolana.

Mientras tanto Monteverde, que da la sensación de una fiera reclusa en su madriguera, en acecho, no obstante, de la oportunidad de un ataque al enemigo desprevenido, noticioso del desastre patriota creyó calva la oportunidad de hacer una salida de Puerto Cabello, saboreando la ilusión de dar en seguida el clásico golpe de gracia a los independientes. Pero tan fallida le salió la esperanza, que su lugarteniente el coronel Salomón, a quien destacó con 1.200 hombres y apareció y se fortificó el 20 de noviembre en las alturas de Vigirima, no pudo sostener la posición y hubo de tomar de regreso el camino que lo separaba de su cuartel general. Porque el general Ribas, venido de Caracas con 500 infantes integrados en su mayoría por estu-

diantes de la Universidad, y 200 jinetes, se reunió con las fuerzas de Bolívar y atacó el 25 al realista en la lucha sangrienta que lo derrotó y obligó a volver a su covacha.

No es el objeto de esta biografía del Libertador relatar en detalle minuciosamente los movimientos estratégicos de los cuerpos, el orden de batalla de las diversas incursiones ni la ejecución de cada una de las acciones. Quede ello a los historiadores militares. Nos basta para nuestro fin mencionarlas en la mayoría de los casos para reseñar las hazañas en una seguida y fiel cronología que revelando las alternativas de la contienda, sirva al mismo tiempo para rectificar errores de apreciación o datos equivocados que han corrido hasta ahora sobre los sucesos, sus causas y consecuencias, todo ello contando con nuevas aportaciones de los documentos que sin cesar van saliendo a luz de los archivos nacionales y privados. De esta manera se da el relieve que la verdad exige a los actos heroicos, los errores y los aciertos del hombre extraordinario, y se establecen con luces más vivas y firmes sus dimensiones humanas, el temple de su espíritu, sus talentos y en fin, esas raras virtudes sin las cuales hubiera sido imposible llevar a la cumbre la épica empresa a que se consagró desde los días de su granada juventud.

¿De dónde sacaba el Libertador tropas y sobre todo, elementos? ¿De dónde fuerza para su cuerpo que no descansaba día ni noche? La respuesta no podría acertarse si no considerásemos al hombre tan apasionado, tan penetrado de su misión, tan negado de sí y de cuanto a su ver no condujese directamente a ella.

Después de Vigirima reorganiza en San Carlos los 3.000 hombres en que ha aumentado el número de su gente. Fuera de estos, 1.000 hombres más bajo el mando del teniente coronel Pedro Aldao, quedan en los llanos atentos a los movimientos de Boves.

Las fuerzas del Libertador contenían por otra parte, lo más notable de sus capitanes: Vicente Campo Elías, Florencio Palacios, Manuel Villapol, Manuel Manrique, Rafael Urdaneta, Pedro Briceño Méndez, Luis María Rivas Dávila, etc.

Yáñez se había reunido con Ceballos, según lo había previsto Bolívar y su ejército llegaba a 7.000 unidades, "el más

numeroso ejército con que os han amenazado”, según las palabras de Bolívar, “acaso el más numeroso y respetable que hasta entonces se había visto en Venezuela”, dice el historiador Francisco Javier Yáñez. Y no era por la cantidad de guerreros tan sólo. Hay que tomar en cuenta el número y calidad de elementos de combate y las sumas de dinero con que contaban.

Ya pueden imaginarse las depredaciones y asesinatos con que marcaban sus pasos los dos jefes realistas y su tremendo ejército. Diez piezas de artillería era un nuevo elemento de mortandad que reforzaba su expedición. Sólo 5.000 unidades contaba el ejército del Libertador.

En los preliminares, si así podemos llamar la primera parte de la acción del 5 de diciembre en Araure, el coronel Manrique al mando del batallón “Valerosos Cazadores”, fue atacado de improviso por un cuerpo de caballería y otro de infantería. No obstante el impertérrito valor de los patriotas, fueron arrollados y destruidos completamente, sólo el jefe y unos pocos oficiales lograron salvarse. Los demás o murieron en la refriega o fueron asesinados después de rendidos. Eran 500 hombres perdidos en un instante por el ejército republicano.

Tan lamentable incidente hubiera con seguridad dado en tierra con el éxito de la jornada por la desmoralización tan justificada del acontecimiento.

Bolívar entonces, director y ejecutor, organizó con inteligencia el resto de las tropas, recorrió las líneas, y haciendo uso del decisivo resorte de su elocuencia, como lo atestiguan los coroneles Austria y Briceño Méndez, actores en la gloriosa jornada, les dirigía “aquellas palabras de fuego con que sabía inflamar el pecho de los guerreros”. El resultado no se hizo esperar. Al son de canciones patrióticas marcharon esos valientes bajo el fuego enemigo y pelearon de modo irresistible mientras el Libertador continuaba electrizándolos con la palabra. Arrebatan al enemigo la artillería, lo acometen victoriosamente a golpes de culata y con las puntas de las bayonetas, lo derriban a lanzazos, aniquilan la caballería. Y se vio en el ardor de la refriega a los miembros del “Batallón sin Nombre” armados de bayonetas, lanzas, piedras, palos, picos, increpados por el general

en jefe: "soldados del "Batallón sin Nombre": si queréis armas y un nombre, id a conquistarlas". Ya no eran hombres los que escucharon la penetrante voz del jefe que participaba de airado y rencoroso reproche al mismo tiempo que de estímulo y excitación. Esos hombres se convirtieron en fieras y se lanzaron en medio de la pelea, en medio del enemigo, y en la lucha cuerpo a cuerpo, en menos de diez minutos arrebataron varias banderas e introdujeron en el enemigo el más increíble desorden y dejaron casi destruído el regimiento de Granada y el batallón "Numancia", cuya bandera arrebataron. El "Batallón sin Nombre" decidió, pues, un triunfo que había estado más que dudoso por la cantidad y calidad del enemigo. Bolívar mismo que miraba la proeza, quedó más que asombrado, y al día siguiente dirigió a sus héroes una de sus brillantes proclamas: "Soldados: vuestro valor ha ganado ayer, en el campo de batalla, un nombre para vuestro cuerpo, y aún en medio del fuego, cuando os vi triunfar, le proclamé el Batallón "Vencedor de Araure". Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas. Se ha ganado la famosa llamada invencible de Numancia. Llevad, soldados, esta bandera de la república. Yo estoy seguro que la seguiréis siempre con gloria".

El milagro no fue obra del batallón "Vencedor de Araure" como entidad material. Había en esa masa de hombres un espíritu colectivo sutil y fecundo que supo ser creado desde la derrota de Barquisimeto, y después de creado, actuado en el momento oportuno por la más hábil dirección. Sea como sea, el famoso cuerpo consumó la brillante victoria que dejó en el campo patriota unos 400 hombres, entre muertos y heridos. Del bando enemigo hubo cerca de 1.200 bajas entre muertos, heridos y prisioneros en el campo de batalla. Algo así como 200 más muertos en la persecución de los fugitivos, y un rico botín de 4 banderas, 10 piezas de artillería, más de 800 fusiles, 30.000 cartuchos, 19 cargas de pertrechos y 6 sacos de dinero.

Se equivocó el Libertador si creyó, como lo deja sospechar por su proclama del 7 de diciembre, que la severa lección infligida a Yáñez y Ceballos en Araure y sus numerosos soldados reclutados entre venezolanos de los llanos, sería por éstos aprovechada para comprender que ni aun por su seguridad personal,

alistarse en las filas de España era el mejor partido que debía seguirse, despreciando los esfuerzos inauditos de quienes venían ofrendando cuanto poseían material y moralmente por constituir para ellos un estado autónomo. Grito en el vacío fue su proclama de perdón para los que "se han prestado a ser instrumento odioso de los malvados españoles". Un mes de término ofrecido para que se presentasen a la autoridad so pena de ser juzgados por haber militado en las filas realistas o por los crímenes cometidos en compañía de ellos, le hizo palpar una vez más la ineficacia de su prédica patriótica: el país entero estaba saturado de los sentimientos más adversos a sus legítimos intereses, y por lo visto, la ola de adhesión realista seguía agigantándose.

La derrota de Araure no había resuelto el problema ni con mucho. Yáñez y Ceballos volvieron, derrotados y fugitivos, a los llanos, su rico granero de hombres y abastos, a rehacerse para la incansable lucha. Y esos hombres les obedecían con la ceguedad del fanatismo, y con el deleite inmenso de saciar sus pasiones de venganza y asesinato en sus patrones y de robar a mansalva, y con presteza formaban batallones y divisiones en cuyas filas se preparaban para salir a la palestra como tigres feroces y cooperar en la destrucción de lo que hasta allí se había logrado de independendencia.

Boves, desde la derrota que le infligió Campo Elías en Mosquitero, tampoco había estado ocioso en sus dominios de Guayana y Apure. Prontamente reunió y aumentó fuerzas, usando para ello uno de sus métodos geniales: ofrecer a los llaneros libertad de pillaje en todos los lugares por donde pasasen.

Aldao con 1.000 hombres había sido apostado en el Guárico para observar sus movimientos, y venido a las manos con 4.000 del realista, éste le dio una aplastante derrota en que no quedó vivo uno solo de sus denodados soldados. La victoria dio a Boves el señorío de Calabozo y del occidente de Venezuela.

CAPITULO XV

1814

CONFIANZA POPULAR EN EL CAUDILLO

RESUMEN:

Adversidad y constancia. — La llave de la República en poder de Boves. — Malsana emulación de los patriotas contra Bolívar. — Bolívar provoca una reunión pública en el templo de San Francisco, Caracas. — La preside el doctor Cristóbal de Mendoza.— Objetos que se proponía el caudillo. — Los tres discursos de Bolívar. — “No ha sido el orgullo ni la ambición de poder quien me ha inspirado esta empresa”. — “Yo no soy el soberano, vuestros representantes deben hacer vuestras leyes”. — “Anhelos por el momento de transmitir mis poderes a vuestros representantes”. — Los tres informes de sus secretarios. — La sinceridad de Bolívar.— Su amor del mando. — No se acepta su renuncia del mando. — Insistencia en la renuncia de cuanto no fuera el mando de las tropas. — Resumen que hace de cuanto había realizado hasta el momento. — Reconocimiento de los méritos de sus compañeros de armas. — Renuncia por segunda vez. — Cede por fin ante la insistente presión popular. — Nombrado dictador. — Protestas de agradecimiento. — El descrédito de la palabra *dictador*.

Para que su lección de constancia se convirtiese en norma informativa del patriotismo americano, para que su gloria no fuese un fuego fatuo fugaz, para que el prestigio que había ido alcanzando entre los grandes y los humildes cobrase la solidez incommovible que era menester para que se viese realizada la obra grandiosa preconizada en la colina romana; para que un día pudiese aclamarse profunda y definitivamente vencedor, Bolívar debía experimentar caídas guerreras indecibles y lamentables tropiezos ocasionados por las pasiones de los hombres.

Poco más de un año llevaba el inicio de sus gloriosas proezas y de su revelación como pensador y estadista. Al término de este período se halló llena de preocupaciones su mente con Boves vencedor en Calabozo, es decir, con la llave de los llanos y de Caracas en sus manos, al tiempo que con la situación precaria de Barinas, Mérida, Trujillo, Maracaibo, se cerraba un círculo angustioso a la seguridad de las armas republicanas. Había demostrado suficiente superioridad a todos sus connacionales y amigos para no despertar emulación malsana, envidia mal disimulada, sorda oposición a la dictadura que se había puesto en sus manos, y que a la verdad, fue indispensable para poder dirigir las operaciones de la guerra sin colisión de poderes: que sin lugar a dudas esto habría ocurrido, de estar dispuestos de otro modo los negocios del estado.

Organizados por él los asuntos civiles, ya quizás podrían marchar en otras manos dirigidas por el patriotismo; y para conjurar aunque fuese en parte los nubarrones de orden moral que las pasiones venían preparando, sin caer en la cuenta de que ellas estimulaban contra la patria las maniobras ocultas de los realistas, cuyo partido en Caracas como en las demás capitales de América era de fatal y persuasiva importancia, el 2 de enero de 1814 hizo el Libertador reunirse en el convento de San Francisco una junta de notables compuesta de los empleados nacionales y padres de familia de más prestancia. Fue presidida por el doctor Cristóbal de Mendoza, gobernador político de Caracas. Suplíase así la falta de un congreso nacional, que en las circunstancias actuales era imposible elegir y reunir.

Múltiple efecto buscaba el Libertador con la deliberación de esta Junta: someter su autoridad civil a una nueva sanción; acallar las voces de la calumnia, que tendían a mostrarlo ambicioso y egoísta; levantar una vez más el espíritu patriótico y combativo de sus compañeros de armas, haciendo público elogio de su valor y eficaces servicios; atraer al dictador de Oriente, Santiago Mariño, que se conservaba independiente en sus dominios y con un apego a ellos intrascendente y egoísta; y dar a Venezuela una semblanza de independencia del congreso granadino, para satisfacer de este modo los celos irreflexivos de aquellos a quienes no venía muy bien el que en la lucha por la

patria los ejércitos se hallasen en una especie de dependencia y comisión de un poder extraño a su propia tierra.

Tres vibrantes discursos se vio obligado a improvisar en la ocasión, cuya persuasiva elocuencia acalló las rivalidades y juicios temerarios sin los cuales un hombre sobresaliente jamás ha pasado a la inmortalidad: son parte de los amargos atributos con que el vulgo rubrica la grandeza.

La adopción del sistema unitario de gobierno rechazando la constitución federal, no dejó de ser argumento o pretexto a las sospechas de ambición abrigadas por muchos.

Ante las demostraciones objetivas de su desprendimiento y móviles patrióticos no habría sido menester ninguna otra prueba si los hombres no llevaran en su fondo la semilla del mal que embota o anula la clara percepción de la verdad. Mientras más nítido es el proceder que eleva a un hombre por sobre los demás, más viva es la llama que ofusca los ojos de la envidia. Bolívar, celoso de su reputación y de su gloria, sabía que necesitaba insistir de todos modos en la explicación de sus móviles para poder gozar de una confianza general que necesitaba, sin la cual el enemigo iría día a día y con más presteza cada vez aumentando su prestigio y su fuerza.

“No ha sido”, les dijo, “el orgullo ni la ambición de poder los que han inspirado esta empresa” de traer en triunfo mis soldados desde el Magdalena. No soy yo quien os ha dado la libertad: “la debéis a mis compañeros de armas. Contemplad sus nobles heridas que aún vierten sangre”. . . “La libertad encendió en mi seno este fuego sagrado; y el cuadro de mis conciudadanos expirando en la afrenta de los suplicios, gimiendo en las cadenas, me hizo empuñar la espada contra los enemigos. La justicia de la causa reunió bajo mis banderas los más valerosos soldados, y la providencia, justa, nos concedió la victoria”.

Y continuó: “Ciudadanos: yo no soy el soberano. Vuestros representantes deben hacer vuestras leyes: la hacienda nacional no es de quien os gobierna: todos los depositarios de vuestros intereses deben mostraros el uso que han hecho de ellos. Juzgad con imparcialidad si he dirigido los elementos del poder a mi

propia elevación, o si he hecho el sacrificio de mi vida, de mis sentimientos, de todos mis instantes, por constituíros en nación, para aumentar vuestros recursos, o, mas bien, por crearlos”.

“Anhelo por el momento transmitir este poder a los representantes que debéis nombrar, y espero, ciudadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos; pues no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada... Erais la víctima de una venganza cruel. Los intereses del estado estaban en manos de bandidos. Decidid si vuestro honor se ha repuesto, si vuestras cadenas han sido despedazadas; si he exterminado a vuestros enemigos; si os he administrado justicia, y si he organizado el erario de la república”.

“Os presento tres informes justificados de aquellos que han sido mis órganos para ejercer el poder supremo. Los tres secretarios de estado os harán ver si volvéis a aparecer sobre la escena del mundo, y que las naciones todas que ya os consideraban abandonados, vuelven a fijar su vista sobre vosotros, y a contemplar con admiración los esfuerzos que hacéis por conservar vuestra existencia. Si estas mismas naciones podrán oponerse o proteger y reconocer vuestro pabellón nacional; si vuestros enemigos han sido destruídos tantas cuantas veces se han presentado contra los ejércitos de la república; si puesto a la cabeza de ellos he defendido vuestros derechos sagrados; si he empleado vuestro erario en vuestra defensa; si he expedido reglamentos para economizarlo y aumentarlo; y si aun en medio de los campos de batalla y el calor de los combates he pensado en vosotros y he de echar los cimientos del edificio que os constituya en una nación libre, feliz y respetable. Pronunciad, en fin, si los planes adoptados podrán hacer que se eleve la república a la gloria y a la felicidad”.

Hemos transcrito estos fragmentos como hemos transcrito y transcribiremos otros del mismo género, porque es indispensable en una obra de la naturaleza de la presente que el protagonista se muestre de cuerpo entero para que sea más cabal su

conocimiento, su total interpretación. No es apta para ello la simple narración, fría por naturaleza. Aquí, por lo demás, Bolívar ha desplegado como en sus otras proclamas y en toda ocasión semejante, el estilo declamatorio apto para generar entusiasmo y encender amor por la causa. Otro ejemplo notable hemos visto en la alocución al "Batallón sin Nombre". Esa múltiple personalidad sabe adaptarse a las circunstancias de admirable modo. Su personalidad como estadista se revela en el estilo sosegado, claro, del Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, pongamos por caso. Otra fase de su espíritu se revela en sus obras puramente literarias con "Mi Delirio sobre el Chimborazo", melancólico y romántico, según su temperamento inclinado a la tristeza y la moda literaria de la época.

Bolívar fue tan sincero en sus principios durante toda su existencia, que no se le puede encontrar una sola inconsecuencia a lo largo de su gestión pública. Tan hondo era su sentir de que en las circunstancias por que atravesaba la patria la vigencia de la constitución federalista era no ya ineficaz sino suicida, como lo fue para la primera República, que no encontramos demasiada falta en los que piensan que la renuncia del poder civil que presentaba así, cuidando de exponer con toda objetividad los beneficios que había recibido la patria de su unión con el militar, ambos concentrados en sus manos, era un mero pretexto para que el pueblo reunido en gran número ante sus representantes negase clamorosamente lo que solicitaba, y pudiese él continuar su gestión sin trabas ni dificultades.

En efecto, amor al gobierno, apego al mando, es uno de los reproches que suelen hacerse al Libertador. En nuestro sentido ese amor o apego en él, antes que motivo de censura es argumento de su patriotismo. Si él consideraba aquello, y no se equivocaba, indispensable para la finalidad que se había propuesto; si en el uso que había hecho de sus extraordinarios poderes no podía reprochársele ni se le acusó jamás con justicia de despotismo, atropellos al bien público, desviación de su autoridad en provecho propio; si él veía, como todo hombre desligado de inconfesables apetitos, que ninguno otro era capaz de establecer orden en medio del lamentable desorden de la guerra, y

promover con acertadas medidas la relativa prosperidad de la agricultura y el comercio, totalmente arruinados en tres o cuatro años de lucha, entonces era un mérito, y no un vicioso anhelo, desear el mando supremo que lo habilitase para seguir en la línea comenzada, y era suicida que las masas o sus representantes genuinos o mentidos torciesen con disposiciones extemporáneas el curso que llevaban los sucesos. Era el caso de conservar la dictadura sobre sus hombros y ayudarle de todas maneras a sobrellevar la ponderosa carga.

Y así ocurrió. Los secretarios que le habían asesorado en el desempeño de la grave autoridad, los jóvenes Antonio Muñoz Tébar, de hacienda y relaciones, Tomás Montilla, de guerra, y Rafael Diego Mérida, de interior y justicia, una vez acalladas las ovaciones con que la concurrencia acogió el discurso del dictador, leyeron los anunciados informes, que nadie podía contradecir en punto alguno. El presidente de la asamblea, doctor Cristóbal de Mendoza, interpretó el sentir general: seguir otro rumbo que el que llevaba el gobierno del país era apresurar un caos informe, era la derrota de los ideales que ya costaban tanta sangre.

Pero Bolívar insistió en su renuncia de todo lo que no fuera conducir las tropas a la pelea, "honor", había dicho ya, "a que únicamente aspiro, pues no envainaré la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada".

Mendoza había mencionado en su discurso el acierto de Bolívar en el mando, enumerando sus hazañas y el empeño que ponía en reunir en una sola las dos secciones de Venezuela con las provincias de Nueva Granada: que en la mente del Libertador bullía desde hacía tiempo la grandiosa idea de una poderosa nación capaz de detener con su solo prestigio todas las ambiciones foráneas. De aquí tomó pie su segundo discurso para hacer un relato vívido, un resumen de sus pasos después de la victoria que dio a Monteverde el dominio de Venezuela. "En mi indignación resolví perecer antes de despecho o de miseria en el último rincón del globo, que presenciar las violencias del déspota. Huí de la tiranía, no para ir a salvar mi vida ni esconderla en la oscuridad, sino para exponerla en el campo de batalla en busca de la gloria y la libertad".

Y ante la excitada imaginación del pueblo, su encendida y elocuente palabra hace desfilar la mezquindad de Labatut, su resolución de desobedecerle y arrostrar todos los peligros y resultados, su asalto intrépido del fuerte de Tenerife: "Sus defensores lo abandonaron a mis armas, que se apoderaron de él sin resistencia, cuando hubieran podido rechazar al mayor ejército. Cinco días marcados con victorias consecutivas terminaron la guerra, y la provincia de Santa Marta fue ocupada después sin obstáculo alguno".

La reseña continúa con la expedición contra Pamplona y Cúcuta. "Nada pudo allí detener el ímpetu de los soldados que mandaba. Vencieron y despedazaron a los enemigos dondequiera que los encontraban, y esta provincia fue libertada. En medio de estos triunfos ansiaba sólo por aquellos que debieran dar la libertad a Venezuela, constante mira de todos mis conatos. Las dificultades no podían aterrarme: la grandeza de la empresa excitaba mi ardor. Las cadenas que arrastrábais, los ultrajes que recibíais, inflamaban más mi celo. Mis solicitudes al fin obtuvieron algunos soldados y el permiso de poder hacer frente al poder de Monteverde. Marché entonces a la cabeza de ellos, y mis primeros pasos me hubieran desalentado si yo no hubiese preferido vuestra salud a la mía. La deserción fue continua, y mis tropas habían quedado reducidas a muy poco número cuando obtuve los primeros triunfos en el territorio de Venezuela".

Y el reconocimiento y ardiente tributo a sus tenientes y soldados no era simple fórmula de halago. No era la primera vez, no sería tampoco la última, que la gratitud y el recuerdo de su abnegación, sin la cual nada habría logrado su voluntad, arrancaba improvisaciones tan elocuentes:

"Compatriotas, vosotros me honráis con el ilustre título de Libertador. Los oficiales, los soldados del ejército, ved ahí a los libertadores: ved ahí los que reclaman la gratitud nacional. Vosotros conocéis bien los autores de vuestra restauración, esos valerosos soldados, esos jefes impertérritos. El general Ribas, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana junto con las jornadas gloriosas de Niquitao y Barquisimeto. El gran Girardot, el joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la vic-

toria de Bárbula; el mayor general Urdaneta, el más constante y sereno oficial del ejército; el intrépido D'Eluyar, vencedor de Monteverde en las Trincheras; el bravo comandante Campo Elías, pacificador del Tuy y libertador de Calabozo; el bizarro coronel Villapol que desriscado en Vigirima, contuso y desfallecido, no perdió nada de su valor que tanto contribuyó a la victoria de Araure; el coronel Palacios, que en una larga serie de encuentros terribles, soldado esforzado y jefe sereno, ha defendido con firme carácter la libertad de la patria. El mayor Manrique, que dejando sus soldados tendidos en el campo, se abrió paso por en medio de las filas enemigas con sólo sus oficiales Planas, Monagas, Canelón, Luque, Fernández, Buroz y más, cuyos nombres no tengo presentes, y cuyo ímpetu y arrojo publican Niquitao, Barquisimeto, Bárbula, Las Trincheras y Araure".

Después de este acto de justicia con los instrumentos de sus glorias finaliza este segundo discurso con el siguiente período que envuelve su insistencia en la renuncia del mando:

"Compatriotas: yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras: he venido a traeros el imperio de las leyes: he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede convenir jamás sino temporariamente a la república. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho de mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes ni del gobierno, es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la república; y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país. He defendido vigorosamente vuestros intereses en el campo del honor, y os protesto que los sostendré hasta el último período de mi vida. Vuestra dignidad, vuestras glorias serán siempre caras a mi corazón; mas el peso de la autoridad me agobia. Yo os suplico que me eximáis de una carga superior a mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno justo; y contad con que las armas que han salvado la república protegerán siempre la libertad y la gloria nacional de Venezuela".

De nuevo el inmenso gentío que colmaba el templo de San Francisco se pronunció contra el propósito del Libertador. No

uno, sino varios fueron los oradores que surgieron de entre él entusiasmados por su oratoria y persuadidos de la necesidad de continuar en el caudillo los extraordinarios poderes de que estaba investido. Uno de ellos, el doctor Alzuru, abogando por la medida, tuvo un hermoso rasgo que demostraba el espíritu sincero que los animaba, y fue proponer que se erigiese un monumento que recordara al dictador que su autoridad estaba supe- ditada al pueblo, como su mayor timbre de gloria.

Cedió por fin Bolívar a instancias tan porfiadas como hon- rosas para todos, y lo hizo con un final discurso más vibrante y elocuente, si cabe, que los anteriores. Protestó en él que a su pesar se veía compelido a someterse al imperio de las circuns- tancias, mas no aceptaba esas facultades omnímodas de modo ilimitado, pues no había poder que pudiera compelerlo a rete- nerlo en cuanto las condiciones del país permitieran la reunión de las asambleas populares en todo el territorio de Venezuela. "Huid del país", agrega, "en donde uno solo ejerza todos los po- deres: ése es un país de esclavos. Vosotros me tituláis Liber- tador de la República, yo nunca seré el opresor".

Atento a todos los intereses, uno de los cuales era propender por más estrecha colaboración entre el oriente y el occidente, tuvo cuidado de exaltar los méritos del general Mariño, liber- tador de Oriente, y señalarlo como candidato propio para ejercer, llegado el caso, la suprema magistratura del país. "Os suplico", dice en uno de sus últimos períodos, "no creáis que mis pala- bras son para alucinaros y para llegar por ese medio a la tiranía. Yo no soy como Sila, que cubrió de luto y de sangre a su patria; pero quiero imitar al dictador de Roma en el desprendimiento con que, abdicando el supremo poder, volvió a la vida privada y se sometió en todo al reino de las leyes.

"No soy un Pisistrato que con finas supercherías pretende arrancar vuestros sufragios afectando una páfida moderación, indigna de un republicano, y más indigna aún de un defensor de la patria. Soy un simple ciudadano que prefiero siempre la libertad, la gloria y la dicha de mis conciudadanos a mi propio engrandecimiento. Aceptad, pues, las más puras expresiones de mi gratitud por la espontánea aclamación que habéis hecho

titulándome vuestro dictador, protestándoos al separarme de vosotros que la voluntad general del pueblo será para mí siempre la suprema ley, que ella será mi guía en el curso de mi conducta, como el objeto de mis conatos será vuestra gloria y vuestra libertad”.

El término y concepto de *dictador* es uno de los más desacreditados en la opinión pública. Se iguala con el de autócrata, tirano, déspota, gobernante absoluto y arbitrario. El origen, sin embargo, el concepto y término implica un timbre de honor para el funcionario que ejercía el cargo. ¿Estaba en inminente peligro la patria? Voluntariamente deponía el senado romano su autoridad y la confería en el ciudadano que por sus probadas virtudes prestaba la mayor seguridad de conducir los negocios con cordura, valor y eficacia para que los ciudadanos saliesen de las angustias inherentes a la pérdida que vislumbraban de su libertad privada y de la autonomía nacional. Basta como ilustración recordar el nombre de Cincinato. No es uno mismo el concepto de dictadura y el de tiranía. No nos parece, pues, acertado O'Leary cuando al terminar su relato que nos ha servido de guía para el nuestro, concluye insinuando que el pueblo de Caracas, ávido de libertad, llamó en su auxilio la tiranía para conseguirla. Comprendemos que el historiador no intentó poner la infamante marca de tirano al régimen del Libertador, a quien tan sinceramente veneraba. Pero es preciso hacer resaltar que esa asamblea percibió absolutamente la grandeza moral del hombre a quien se acogía, ya conocido por su valor guerrero, su austeridad política y su desprendimiento personal.

Y para terminar queremos citar las palabras del mismo O'Leary: “Tan tremenda autoridad no podía menos que confiarse al Libertador, por su incontestable experiencia en la ardua ciencia de gobierno y por la liberalidad de sus sentimientos, que nunca había desmentido, ni aun después de un largo ejercicio del poder, cosa que en muy raros casos acontece”.

Hacemos nuestra la glosa de Baralt y Díaz a la promesa del Libertador: “No envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada: nunca promesa fue mejor cumplida por hombre alguno”.

Mas a todo esto la república corría segunda vez al desastre. Al dictador no se ocultaba lo grave de la situación, pero ése era el hombre de las dificultades, ante quien sobre el humo de los desastres flotaba siempre la antorcha refulgente de la esperanza.

Venezuela podía considerarse a la sazón dividida en dos estados con sus propios dictadores: Oriente, libertado y regido por Mariño, y Occidente, que debía a Bolívar la precaria autonomía de que gozaba. Oriente disfrutaba por el momento de relativa tranquilidad; Occidente distaba mucho, como hemos anotado, de contar con estabilidad firme.

CAPITULO XVI

1814

DECADENCIA IRREMEDIABLE

RESUMEN:

Los realistas en el Apure. — Boves contra los valles de Aragua con 6.000 hombres. — Contramarcha de Urdaneta. — Barinas en poder de Ramos y Puig. — Todos sus habitantes degollados. — Mariño ordena a Piar retirarse de Puerto Cabello con la escuadrilla. — Alarma del Libertador. — Otros actos egoístas del Libertador de Oriente. — Contraste de los dos héroes. — Tratado entre Bolívar y Mariño. — Aumentan las preocupaciones del Libertador. — Los ingleses prohíben el comercio de armas con los patriotas. — Causas morales del desaliento en los patriotas. — El robo, el botín, la venganza, explotados por los realistas. — Los realistas dueños del tráfico exterior. — En este cuadro sombrío el Libertador, como más tarde en el Perú, era el único que conservaba la fe. — Bolívar nuevamente en campaña. — La sangrienta huella de los realistas. — Episodio de la salvajez de Boves. — Testimonio del arzobispo de Caracas. — Justificación de las ejecuciones de Caracas y La Guaira ordenadas por Bolívar. — Reflexiones sobre el carácter de Bolívar. — Triunfo de Boves sobre Campo Elías en La Puerta. — El enemigo avanza hasta los valles de Aragua. — Inhumanidad y crímenes. — Artículo de Bolívar sobre el triunfo de España contra Napoleón. — Boves continúa su marcha hacia la capital. — Batalla de La Victoria: triunfo de Ribas. — La bala de Rivas Dávila. — Causas de la decadencia de la República.

Precisamente hacia los momentos en que el Libertador en Caracas era objeto de las manifestaciones de confianza que se han descrito, en el Apure se aprestaban los realistas para inva-

dir la provincia de Barinas. Boves contaba con 4.000 soldados y se disponía a penetrar en los valles de Aragua; pronto los vio aumentados a 6.000; Urdaneta, que marchaba a someter a Coro después de haber derrotado a Reyes Vargas, tuvo que desviarse de su propósito para correr en auxilio de Barinas, sitiada por los bandoleros Remigio Ramos y José Puig: cayó en fin la ciudad en poder de estos dos facinerosos y todos sus habitantes fueron degollados.

Y Boves avanzaba en medio de la algaraza de triunfo de sus llaneros, que lo adoraban.

Mientras tanto Mariño, que desde noviembre había enviado a Puerto Cabello una escuadrilla de 7 naves al mando del comandante Manuel Piar, dio orden a este oficial para que levase anclas hacia Cumaná. ¡Cuál no sería la consternación del espíritu de Bolívar! A la amenaza de verse privado de este auxilio valiosísimo, se puso en comunicación con Piar y lo indujo a suspender el cumplimiento de la orden de su jefe hasta que se entendiese con él. La separación de Piar habría sido la señal para el triunfo de los realistas de Puerto Cabello: bloqueados por su escuadrilla por mar, y por D'Eluyar por tierra, y escaseando por momentos sus provisiones de boca, los enemigos estaban destinados a rendirse luego a luego por hambre. Retirado ese eficaz auxilio que impedía la entrada de bastimentos, hombres y municiones de Cuba, Puerto Rico y España, la suerte del sitio se cargaba decididamente a favor del enemigo.

No fue esta la única providencia del jefe oriental que alarmó al Libertador. También ordenó tomar la vuelta de Oriente al coronel Arriola que en los valles de Barlovento concurría a poner en jaque a las partidas que pudieran hostilizar a la capital.

¿Qué intentaba con ello Mariño? Por el momento no tenía problema que lo obligara a privar al Occidente de tan oportunos socorros. ¿Querría con ello mostrar al jefe occidental su independencia e inducirlo a reconocer su autoridad, no disputada además?

Los historiadores han apreciado todos estos incidentes como brote egoísta y ególatra de Mariño, y no han dejado de tratarlo con mucha dureza. No les falta razón. A primera vista

resalta que, orgulloso de su posición de libertador de Oriente, que lo fue en efecto, tanto como lo fue Bolívar de Occidente, sentía celos ante la posibilidad de que su influyente colega unificara el mando nacional en su persona. Si esta interpretación es correcta, por ahí no más puede verse cuál de los dos merecía la jefatura suprema que pocos años más tarde fue objeto de escenas desgraciadas para el prestigio de la revolución. ¡Qué diferencia con el carácter del otro caudillo, desprendido, generoso, siempre olvidado de sí mismo!

Ya se había gozado Bolívar con tener la personal ayuda de Mariño que se preparaba a partir con tropas en su socorro; pero éste inopinadamente cambió la determinación y prefirió permanecer en sus reales.

¿Qué intentará con esta conducta el denodado jefe de Oriente? Tal se dice el jefe occidental, quien incontinenti se pone en parlamentos con aquél.

Resalta del tono casi humilde y suplicante de su nota la angustia que lacera su corazón con la desesperada situación de las armas nacionales agravadas por estas determinaciones, "tan contrarias a las que hasta ahora había adoptado" el dictador de Oriente.

Ello es que fue menester un arreglo escrito o tratado entre los dos próceres para reducir a Mariño a prestar una cooperación que nunca debió regatear. La rúbrica de tal documento fue el sello puesto a la diferencia que mediaba entre la calidad del patriotismo de estos dos hombres. El carácter egoísta de Mariño había de producir todavía en el curso de la cruel y larga guerra, escisiones y trastornos lamentables.

Las inquietudes del Libertador aumentaban: eran de tal naturaleza y magnitud que sólo un hombre de su temple de alma y actividad prodigiosa pudiera afrontarlas sin sucumbir. ¿Qué podía hacer con la escasez de armas y penuria de hombres? El benefactor inglés con quien habían contado los portaestandartes de la lucha, había prohibido todo comercio de elementos bélicos con los rebeldes; aun los elementos populares mejor intencionados, aconsejados por su educación y costumbres tradicionales, miraban con mejores ojos a los defensores de la monar-

quía; con la libertad del amado Fernando y su reinstalación en el trono de las Españas, el sentimiento realista recibía poderoso estímulo, y las esperanzas de una pronta y segura resolución de la contienda en su favor se veían bien justificadas; como consecuencia, los valerosísimos cuanto desnaturalizados tenientes de la corona cobraban más bríos y encontraban mejor materia humana que conquistar y acaudillar, y su irrestricto tráfico exterior por el Orinoco les proporcionaba cómo armarla; la provincia de Guayana, intacta de los patriotas, influída por la genial manera de aquéllos de conquistar sus habitantes, es decir, la promesa del botín, del robo y de la venganza en las personas de sus patronos los dueños de los hatos, les permitía levantar en un instante ejércitos entusiastas, increíbles por su número y reparar en breves días las bajas obtenidas en los encuentros sangrientos.

No menos valerosos los guerreros patriotas que los realistas, hacían prodigios bajo la dirección y con el ejemplo del Dictador, sometido a toda clase de pruebas. La envidia de los amigos civiles mordía su patriotismo. La emulación de quien era su hermano en obras y debía considerarse como su gemelo en glorias, desbarataba sus planes. La exigüidad de tropas, y más que todo, de armamentos y de equipo militar reducía sus operaciones y amenazaba frustrar su esfuerzo homérico y sus benditas esperanzas. El agotamiento de Caracas en hombres, dinero y recursos de boca, Caracas que había cargado con el noventa por ciento del peso de la guerra y veía extinguirse hasta su juventud universitaria en los campos de batalla, ponía ante sus ojos un cuadro de soledad y de infortunio. El predominante sentimiento realista de la capital, de Coro, de Barquisimeto, de Maracaibo, de Guayana y llanos orientales se había reavivado al soplo de los vientos que traían las noticias de ultramar.

Las repetidas connivencias de los realistas de la nación para golpes memorables con los ejércitos de Boves y demás españoles y con los realistas detenidos en Caracas y La Guaira, que los sentimientos humanitarios del general en jefe le habían determinado a conservar con vida, no obstante el decreto de guerra a muerte y las reiteradas y reclamadas propuestas hechas a Monteverde de canjearlos por patriotas, ventajosísimas para aqué-

llos, la hostilidad británica contra los patriotas: todo esto ejercía su influjo deprimente sobre los corazones mejor templados.

Atendidos los negocios civiles, el Libertador se vio precisado a trasladarse a los campos de la lucha armada. Sus oficiales no cejaron nunca en su celo, obediencia y valor. Hicieron prodigios; pero ya estaba echada la suerte de Venezuela. Se anotaban alternativamente en las provincias de Occidente brillantes victorias y derrotas lamentables.

Los realistas avanzaban, con la enorme ventaja de que poco les importaba la pérdida de hombres, por cuanto contaban con su inagotable vivero de los llanos y la provincia de Guayana. El paso de estos hombres estaba marcado por las cenizas de los incendios, los huesos de las víctimas de sus asesinatos en masa, la tala de los campos, la destrucción de los pueblos: y así tenía que ser, pues tal era el premio ofrecido a sus llaneros semisalvajes sedientos de venganza sobre sus amos, y del botín de sus propiedades y de los que se les antojaban sospechosos de insurgentes.

Cuenta O'Leary y demás historiadores de la época un episodio que vale por toda relación de las crueldades de Boves. Al saber los habitantes de cierto lugar que Boves se aproximaba con sus huestes, huyeron despavoridos. Era éste uno de los motivos que servían de pretexto para ejecutar sus asesinatos, pues se pretextaba que lo hacían por enemigos del rey. Aprehendieron sus llaneros a un hombre, anciano, enfermo, y procedieron a hacerle preguntas, después de las cuales se le mandó ejecutar. "Al instante salió de entre las filas un bello joven que rayaba en los catorce, prosternándose de rodillas ante el caballo que cabalgaba el jefe español. 'Os ruego', exclamó, 'por la Santísima Virgen, perdonéis a este pobre hombre, que es mi padre; salvadle y seré vuestro esclavo'. 'Bien', dijo el monstruo sonriendo al oír las súplicas del adolescente, 'para salvar su vida ¿dejarás que te corten la nariz y las orejas sin un quejido?' 'Sí, sí', respondió generosamente el mancebo, os doy mi vida, pero salvad la de mi padre'. El desdichado sufrió con admirable serenidad la horrible prueba; visto lo cual, el inhumano Boves mandó que le matasen juntamente con el padre, por ser éste

un insurgente y aquél demasiado valiente para permitir que le sobreviviese y se convirtiese más tarde en otro tal”.

Tal era el ambiente creado desde el triunfo de Monteverde, agravado cada día por los excesos y criminales entrañas de Martínez, Morales, Calzada, Ramos, Puig, Millet, Boves, Antoñanzas, Zuazola, Fierro, Rosete, Ceballos y demás.

Un testimonio de este estado de inmoralidad y crimen ha quedado en las palabras del arzobispo de Caracas, español de nacimiento: “Mi espíritu se consume y mi alma no puede soportar por más tiempo el peso de tantos males: el hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones; la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo; la nuera en riña con la suegra y cada uno buscando a su hermano para matarlo; los feligreses emigrados; los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano. Todo esto está en mi corazón. ¡Gran Dios! ¿Es acaso Venezuela aquella Nínive sanguinaria al fin destruída y desolada?”

La humanidad de los patriotas, digamos más bien, los sentimientos de caridad inspirados por su jefe el Libertador, son tan repetidos y dignos de memoria, que asombra el que haya quien lo tilde de cruel y sanguinario. Sólo la ignorancia de los sucesos puede explicar semejante dictado.

Sin aprovecharse del momentáneo triunfo de la república para ejercer viles venganzas a ejemplo de sus enemigos, hemos visto todos los pasos inútiles dados por los patriotas para evitar la hecatombe a que la ley condenaba a los españoles y canarios que a su disposición yacían en Caracas y La Guaira. Y esta laudable disposición llegó a extremos tales, que violando abiertamente su ley, el gobierno a mediados de enero (día 20) de este año de 1814 decidió embarcarlos a las Antillas y América del Norte. A tal fin se concluyeron contratos de fletamento de cuatro goletas norteamericanas. No se llevó a efecto el intento de destierro que habría indudablemente aumentado las unidades realistas en lucha, porque el gobierno necesitó las naves para otras urgentes necesidades del servicio público.

Ante el descrito cuadro de maldades y de horrendos crímenes que ni la generosa suspensión por el Libertador de los efectos de su decreto de guerra a muerte pudo mitigar, ante el acuerdo de los agentes de la Corona con los prisioneros de Caracas y La Guaira ampliamente comprobados con papeles tomados en acción, para un levantamiento simultáneo con los movimientos de Boves y demás caudillos realistas, y bien sabía el Libertador qué horrible hecatombe significaba la realización del plan proyectado, era indispensable una resolución firme, rápida e irrevocable.

Y en el interior del jefe supremo reñían una batalla sus sentimientos de humanidad y horror ante tantos espectáculos de sangre con su deseo de ahorrar los sufrimientos salvajes a que una experiencia de dos largos años atrás le indicaba seguirían sometidos sus paisanos y gobernados si triunfaban las maquinaciones de aquellos que a pesar de la ley conservaba con vida su magnanimidad, y hubieran estado libres y en medio de sus conciudadanos si la soberbia desafiante de Monteverde no hubiese desdeñado sus generosas proposiciones.

Doloroso me es este sacrificio, pensaba y escribió después; pero la salud de mi patria lo exige imperiosamente: que sólo ella podría obligarme a esta determinación. Si yo no viera que en este caso la indulgencia aumentaría el número de las víctimas y frustraría los mismos sentimientos de piedad que luchan contra la medida que voy a dictar, no vacilaría en complacerlos. Pero nuestros crueles enemigos nos ponen en esta dura necesidad. En el anterior sitio de Puerto Cabello expusieron a ser víctimas inevitables de nuestros fuegos a nuestros prisioneros. La misma abominación repitieron ahora, y por haber usado de las represalias poniendo delante de sus fuegos a los prisioneros españoles, pasaron en el momento por las armas cuatro de los que nos tienen en su poder ¿Qué utilidad hemos sacado hasta ahora de conservar la vida a sus prisioneros y aun de dar la libertad a una gran parte de ellos? Se ha conseguido que ayer en Tinaquillo hayan entrado y asesinado a 25 hombres que lo guarnecían, sin perdonar uno solo; que Boves no haya dado todavía cuartel a uno de los prisioneros que nos ha hecho; y Bo-

ves sacrifica indistintamente, como lo han hecho la mayoría de sus secuaces.

No sólo por vengar a mi patria, sino por contener el torrente de sus destructores, estoy obligado a esta severa medida. Uno menos que exista de tales monstruos es uno menos que ha inmolado e inmolaría centenares de víctimas. El enemigo, viéndonos inexorables, a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá la impunidad que lo aliente.

La salud de mi patria me impone la imperiosa ley de adoptar medidas opuestas, la piedad misma las exige, pues pequeños sacrificios ahora evitarán mayores en lo sucesivo.

Con estos conceptos y casi en las mismas palabras con que los hemos traducido, contestó Bolívar la intervención del Arzobispo de Caracas, Narciso Coll y Prat, quien, sabedor del decreto firmado por el Libertador, que condenaba a ser pasados por las armas los 818 prisioneros encerrados en las cárceles de Caracas y La Guaira, se estremeció de compasión y horror. "Suplico a V. S. Illma., se sirva disponer de mi decidida voluntad a servirle en cuanto me lo permita la salud de mi patria, de que soy responsable", termina la importante respuesta.

Tenía el Libertador que explicar sus móviles y sincerar su conducta a los ojos del universo, por la repercusión que tendrían sus medidas, y por mano de su ministro Antonio Muñoz Tébar, escribe días después su Manifiesto a las Naciones del Mundo sobre la Guerra a Muerte. Con detalles de las atrocidades españolas y de su renuencia a poner en práctica la medida, demuestra ante todo espíritu sereno la dura necesidad que le obligó a tomar resolución tan drástica y conmovedora. (1)

O'Leary, que no garantiza la autenticidad, copia así la orden dada a José Leandro Palacios, comandante de La Guaira, similar a la que simultáneamente se remitió a Arismendi en Caracas: "Por oficio de V. S. de 4 de actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza con poca guarnición y un crecido número de

(1) Véase Apéndice N° 4.



DOCTOR D. NARCISO COLL Y PRAT

2º Arzobispo de Caracas
(1807 - 1822)

presos. En su consecuencia ordeno a V. S. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital sin excepción alguna.

Cuartel General Libertador, en Valencia, 8 de febrero de 1814. A las 8 de la noche. Simón Bolívar”.

No es posible negar que el ánimo se sobrecoge de horror al pensar en 818 hombres, sin duda muchos de ellos inocentes, sacados fríamente de su prisión, conducidos sin más trámite al suplicio, y uno a uno caer sin vida al certero disparo de un soldado o pelotón de soldados. Para acrecer el horror, se agrega, no sabemos si de cierto o por el prurito de aumentar lo patético de la tragedia, que cayendo en cuenta de que la pólvora que se gastaba en los suplicios era demasiado cara, se apeló a la lanza y el sable para exterminar a los infelices.

El suceso, así juzgado, sin más reflexión, como acto aislado sin antecedentes ni concomitantes, ha dado motivo a escritores no sólo españoles y extranjeros, sino aun a algunos nacionales, para tachar al Libertador de crueldad. No es lícito hacer la defensa de episodios de esta naturaleza por comparación con casos análogos llevados a cabo por los contrarios. Pero no podemos menos de observar que en las marchas y las victorias y aún en la tranquila y no disputada posesión de los pueblos por las hordas asesinas y destructoras de Boves, Morales, Rosete y demás corifeos de la Corona, los diarios atentados innecesarios y el vandalismo sistemático puestos en práctica desde el triunfo de Monteverde, no resisten comparación con la extrema medida de Bolívar ni en la cantidad de suplicios ni mucho menos en la necesidad basada en la defensa de su causa. Y ¡qué si recordáramos el feroz y sádico carácter de sus atrocidades!

Bolívar no obró por placer de ver correr la sangre ni guiado por el generalizado y contagioso sentimiento de desprecio de la vida humana que desgraciadamente reinaba en su patria. Su preocupación por ver desaparecer esa situación acababa de mostrarla en la proclama-ley expedida apenas hacía once días, el 28 de enero, que implicaba casi en el hecho la abolición de su decreto de guerra a muerte.

¿Por qué este súbito cambio de parecer? El enemigo estaba infiltrado en todas partes. El triunfo de Boves sobre Campo Elías en La Puerta le permitió ganar los valles de Aragua con sus mesnadas sedientas de crímenes: la "Gaceta de Caracas" da cuenta, entre otros muchos crímenes, de la violación de una niña de 8 años, que asesinada, el monstruo la arrojó al camino en presencia de su madre. Las mujeres y los niños hacían las veces de bestias de carga para transportar víveres y equipajes. Las casas se saqueaban e incendiaban a placer, y a placer se efectuaban luego los asesinatos más infames. Se violaba a las mujeres a quienes a latigazos forzaban a seguirlos. Exterminaban a otros arrastrados, atados a las colas de los caballos.

Por otra parte, los realistas disimuladamente permanecían en Caracas o en los campos cercanos, y en el camino de la capital a La Guaira tenían su vasta red de conspiración con los prisioneros de una u otra ciudad; y las tropas eran escasas, casi diríamos nulas para custodiarlos y al mismo tiempo conservar el orden en aquéllas: habían sido enviadas a hacer frente a Boves en La Victoria, y ya las audaces guerrillas enemigas se acercaban a la ciudadela de Caracas, espacio en el centro de la ciudad que Bolívar hizo fortificar para defensa y refugio de los patriotas.

La consternación, la angustia, la desesperación, el miedo general, ante la perspectiva de un golpe de mano en las dos poblaciones, que hubiera transformado de una vez toda la república leal en un cementerio y campo baldío, todo esto explica la alarma de los informantes de Bolívar y la resolución tremenda de éste. Ninguna otra cosa de probable eficacia podía haberse ideado para conjurar el inminente peligro.

¿Fue eficaz la medida para impedir la luctuosa posesión de las dos ciudades y de toda la provincia por el enemigo o para hacerlo cesar en sus actos vandálicos?

No pudo lograrlo; pero esto, que escapaba a la certera visión del futuro, no puede poner pecado en el esfuerzo de impedirlo por los medios legales al alcance de los patriotas.

Ello es que entre los días 12, 13, 14 y 15 de febrero se consumó el horrible sacrificio de 818 peninsulares y canarios.

A todos los ángulos y aspectos de la situación estaba atenta la mirada de Bolívar. No era pequeña la angustia que a la masa consciente de los patriotas aterraba por las noticias de España. Libre ya de la lucha contra Napoleón, estaba en condiciones de atender intensamente a la guerra con sus colonias. Era la amenaza de invasiones que, por otra parte, preconizaban los periódicos de Cuba y Puerto Rico. Era preciso calmar los ánimos y contrarrestar los augurios. ¿El triunfo de España y los aliados nos es perjudicial? Tal es el tema que el dictador desarrolla en un artículo escrito desde su cuartel general en Valencia y remitido para su publicación en Caracas. Es al contrario altamente ventajoso, por cuanto cesando la alianza guerrera con la península, Inglaterra se halla sin compromisos para fomentar la libertad de Comercio que adversa esta nación; y así, con mercados oportunos, tomará incremento la agricultura y los venezolanos hallarán en el campo escenario propicio a sus esfuerzos y su enriquecimiento. Era por lo menos la lógica de los hechos.

No obstante, la cerrazón del horizonte patrio se hacía cada vez más oscura. El nombre de Boves se pronunciaba con justo pavor y las medidas del general Arismendi, gobernador militar de Caracas, contribuían a dar una idea cabal del inminente desastre. Arismendi había decretado, por decirlo así, un estado de alarma, ordenando so pena de la vida que nadie en la capital se apartase de la ciudadela, pues no había soldados que pudieran defender la ciudad de una incursión de las guerrillas que infestaban los alrededores. Todas las tropas de esta ciudad y La Guaira habían sido destinadas a la indispensable concentración de La Victoria; quedaban pues desguarnecidas, y ya se ha dicho que esta falta de soldados para custodiar a los prisioneros y proteger a las dos poblaciones fue uno de los poderosos motivos que impusieron la necesidad de las ejecuciones.

La intriga monárquica con sus cuarteles generales en Trinidad, Curazao, Cuba y Puerto Rico, hacía estragos en la opinión nacional: sólo el Libertador, y con él sus magníficos ofi-

ciales, sostenían incólume la fe en el triunfo de la causa; y aunque bien concedores de los peligros del momento y bien conpenetrados de la situación actual, seguían luchando con temple en tan desventajosas circunstancias.

En medio del humo denso que los envolvía y de los enormes reveses que necesariamente debían soportar, todavía de cuando en cuando se dejaba ver esplendorosa la luz para alumbrar éxitos gloriosos. Después de la derrota de Campo Elías en La Puerta, el enemigo, como hemos dicho, avanzaba hacia el codiciado objetivo: Caracas. Sus partidas volantes entraron en La Victoria el 9 de febrero. La habían abandonado sus habitantes, que emprendieron fuga hacia la capital, pero aquéllas no gozaron de su fácil posesión sino un día. En varias ocasiones ha sido ya presentado "el Ney de la Independencia", José Félix Ribas. A la sazón del desastre de La Puerta se hallaba enfermo, no podía montar a caballo. Mas, era preciso que alguien encabezase un nuevo esfuerzo para salvar la capital de la inminente amenaza. Los jefes que pudieran hacerlo andaban todos enfrentando sendas cabezas del infernal dragón que por todos sus contornos rodeaba el Occidente de Venezuela. La estrella de Arismendi, gobernador de Caracas, estaba deslustrada por el contraste de Ocumare del Tuy. En medio del luto de la ciudad, indecible entusiasmo colmó sus ámbitos cuando se anunció que el bravo Ribas se preparaba a la cabeza de un puñado de hombres surgidos de las entrañas del patriotismo, que con 400 soldados de Bolívar mandados por Montilla sumaron 900. Después se unió el batallón "La Guaira" comandado por Ramón Ayala.

"Pero no estás en capacidad de montar a caballo", nos figuramos que a Ribas observó, no para desanimarlo sino para conocer su traza, su esposa Josefa Palacios, aquella abnegada "doncella", tía carnal de Bolívar cuya ternura para con él fue un consuelo en la orfandad de sus tiernos años. "No importa, guiaré la gente conducido en una camilla": y en una camilla fue llevado al campo de gloria en La Victoria.

"¡No podemos optar entre vencer o morir; es necesario vencer!", fue la consigna dada por el bravo José Félix Ribas a sus soldados al comenzar la durísima batalla. Era una contienda a

muerte de 1.500 patriotas escasos contra 4.000 realistas comandados por Morales. Boves se curaba de sus heridas de La Puerta. Se peleó por casi 10 horas. Era preciso vencer, y la consigna se cumplió al pie de la letra. Maltrechos los combatientes de Ribas, perdían unidades en tal proporción que cualquiera hubiera vaticinado su pulverización irremisible; pero ya casi al caer la tarde y a toda prisa llega un contingente al mando de Campo Elías, que hace cambiar el curso de la fortuna.

En La Victoria una bala llanera sacrificó al coronel Rivas Dávila. El cirujano se la extrajo pero no pudo salvarle la vida. En los estertores de la agonía mandó que llevarsen el proyectil a su esposa para que lo conservase como un timbre de honor "porque a él", agregó, "debo el momento más glorioso de mi vida".

A esta victoria siguen otras acciones refulgentes que constituyen el canto del cisne, llamada de la lámpara agonizante de la república. Pero es difícil hallar más bravura y más heroísmo.

Mas el patriotismo no basta para obtener la victoria de una causa justa. Su ímpetu es un motor potente, no hay duda alguna, pero es indispensable disponer de hombres, armas, vituallas y dinero. Y los hombres que podían servir a la patria eran atraídos a la causa contraria por diversos motivos: el miedo, el hambre, la fuerza; o habían perecido en los charcos de sangre cavados en el suelo por uno u otro bando en la contienda mortal que agotaba todas las fuentes de vida. Armas no podían obtenerse del exterior, porque o las salidas al mar por los ríos y puertos orientales pertenecían a los realistas, que por ellos introducían cuanto necesitaban, o estaban imposibilitados por las ordenanzas de los ingleses, dominadores de las Antillas. ¿De dónde obtener vituallas suficientes si el soplo de la guerra esterilizaba los campos, que, agradecidos siempre a la mano que los cultiva son igualmente rencorosos contra el hombre que los abandona y no los regala con su vivificante sudor? Sin posibilidad de extraer del suelo sus dádivas opulentas, perdido el dominio de los llanos y la posesión de su riqueza agrícola y ganadera; perseguidos hasta la muerte los ricos colonos para entregarlos a la venganza de sus subordinados que los ultimaban

si caían en sus manos, y destruían sus propiedades a hierro y fuego, no era posible obtener el dinero que había menester la causa. Por más empeño y orden que el dictador y sus seguidores en la administración civil ponían en la organización de las rentas nacionales, era imposible el justo rendimiento ante estos obstáculos insalvables. Los hombres constantemente desertaban y se afiliaban al bando realista. La desventaja patriota era manifiesta. Sólo un puñado de valientes hacía frente a la situación de amplia inferioridad, e iban sucumbiendo uno a uno víctimas de su valor, holocausto al numen de la libertad, simiente soterrada para tener luego ejemplares en quienes multiplicar y conservar el hálito poderoso del heroísmo que por fin había de redimir a los pueblos.

CAPITULO XVII

1814

EL TORMENTO DE SISIFO

RESUMEN:

Efecto del triunfo de Ribas en La Victoria. — Las emigraciones de los pueblos ante el avance de Boves. — Bolívar establece su cuartel general en San Mateo. — Espera a Boves a la defensiva.— Establece con talento militar sus elementos de defensa. — Llegada y rechazo de Boves. — Toma posiciones. — El sitio. — Boves herido. — Se reintegra a su ejército. — La gran batalla del 25 de marzo. — El sublime sacrificio de Antonio Ricaurte. — El campo por los republicanos. — Arismendi derrotado en Ocumare.— Motor de éxito en los realistas y en los patriotas. — Boves conoce antes que Bolívar la aproximación de Mariño. — Mariño derrota a Boves en Bocachica. — Mariño remiso en la persecución del asturiano. — Ventajas geográficas del jefe español. — Proezas de Urdaneta. — Los corsarios españoles. — Influencia de la derrota de Napoleón en la opinión pública. — Derrota de Mariño por Ceballos en el Arao. — Batalla de Carabobo. — Vuelve el Libertador a Caracas tratando de extirpar las rencillas de los patriotas y revivir los ánimos. — El combate de La Puerta ganado por Boves a Bolívar. — Todos los prisioneros y heridos fueron asesinados. — Se salvan Bolívar, Mariño, Ribas y otros. — Bolívar en La Victoria. — La Plata labrada de las iglesias. — Conster nación y terror. — María Antonia Bolívar. — Desorden y caos en Caracas. — Derrota de La Majada. — D'Eluyar levanta el sitio de Puerto Cabello. — Urdaneta se encamina a Nueva Granada. — Heroica defensa de Valencia. — El perjurio de Boves. — Valencia abre sus puertas. — Degüello general. — Escenas de sadismo. — Emigraciones parciales.

El triunfo de Ribas en el campo de La Victoria fue uno de los jalones de esta lucha, que dieron aliento y esperanza a los campeones de la República. Ribas, Campo Elías y Montilla rea-

firmaron su fama de valerosos e intrépidos. Sirvió de base a otras victorias, fugaces barreras a la acometida del enemigo.

Una nueva calamidad había surgido. El avance de Boves y sus secuaces obligó a los pueblos leales a abandonarlos, so pena de verse compelidos sus hombres, sus mujeres y sus niños a enrolarse en las filas como soldados o bestias de carga, o perecer sin misericordia bajo la fría lanza llanera. Este nuevo embarazo de la situación era un problema de solución difícil, por la escasez de abastecimientos y por la alarma que causaba en las gentes cuya imaginación andaba sacudida por la desconfianza en el éxito, que iba minando los ánimos patriotas. Se iniciaba un estado de confusión présago de la catástrofe.

Las mejores combinaciones del general en jefe se veían entorpecidas por los movimientos de las enormes fuerzas del enemigo. ¿Qué podrá hacerse con reducido número de hombres para sostener el sitio de Puerto Cabello y atender a los numerosos pedidos de refuerzos para hacer frente a las hordas de Boves y sus tenientes que pululaban por doquiera?

Puerto Cabello, agonizando en la mayor miseria, hubiera caído fácilmente si no fuera porque el Libertador se vio en el extremo de retroceder a Valencia sin cumplir su propósito de tomarlo con un vigoroso ataque. Y de Valencia, después de recoger destacamentos e incorporar a sus fuerzas las que se vio obligado a quitar de Barquisimeto, partió para San Mateo, a donde llegó el 21 de febrero.

¿Qué recuerdos llenaron su espíritu al pisar en sus precarias circunstancias estas tierras de su niñez en donde más de una vez su buena madre, su ángel tutelar, sostuvo su cuerpo vacilante y enderezó sus pasos débiles para que no sufriese al caer en el suelo?

Ya no era el niño atolondrado que requiere el apoyo maternal para guiar sus movimientos. Era ahora el hombre adulto con una misión histórica que él mismo se impuso conscientemente, irrevocablemente dispuesto a cumplirla a pesar de todas las dificultades provenientes de los hombres y de la naturaleza, aunque ello le costase la pérdida de sus bienes y la ruina de su pro-

pia vida. Unos y otra valían en su concepto nada frente a los grandes intereses morales en juego.

Quizás un sentimiento hondo y vigoroso fue lo que desde el momento inspiró en todo su ser el ángel de la libertad: el de mostrarse sin la menor debilidad a la altura de la prueba que se presentaba. El estaba ahora constituido en caudillo y maestro, y era indispensable que diese el ejemplo de constancia en el sufrimiento y los reveses: ¡vencer o morir!

En coyunturas más favorables para las armas patriotas Bolívar no habría esperado a Boves; se habría lanzado sobre él en vigorosa ofensiva. Era su modo predilecto que siempre preconizó, y practicó a menos que hubiese motivos poderosos a determinar su abandono. Esta causa se presentaba con creces en esos momentos, analizados ya en su aspecto moral y en sus adversas posibilidades materiales. No era posible la ofensiva contra Boves, a quien había que contener de algún modo en su marcha impetuosa cuyo objetivo era la capital de la república. Al general en jefe le parecía, con sobra de talento táctico, San Mateo, el pueblo y la hacienda, con sus aledaños, ideales para refrenar al valiente realista y su indómita gente. ¡Indómita e inagotable, pues a los que sucumbían sucedían otros como las ondas de un río!

Dos puntos vitales quedaban equidistantes de San Mateo: Caracas y Valencia. Boves, curada ya su herida de La Puerta, avanzaba con sus legiones entusiastas y llenas de gloria por los éxitos recientes, exaltados los más con la esperanza del botín y de la licencia ofrecida por el hábil cuanto salvaje conductor, místicamente influídos muchos con la idea de defender la Majestad Real en cuyo amor habían crecido de padres a hijos por espacio de más de 300 años. Confiados, y con razón, iban esos hombres, en el valor e innegable pericia de su caudillo. Los pocos remisos, reclutados entre los prisioneros patriotas o sacados de sus escondites, marchaban paso a paso con aquéllos, acicateados por las puntas de las lanzas o azotados por el látigo despiadado y vil.

Es el 21 de febrero. Bolívar está en San Mateo.

La posición de San Mateo fue mirada desde luego como la más a propósito para empeñar la acción de vida o muerte que se avecinaba.

Concentró allí Bolívar cuanto pudo allegar de hombres. Allí Pedro Alcántara Mantilla y Manuel Manrique, Ramón Ayala y Mariano y Tomás Montilla, Vicente Campo Elías y Manuel Gorgorza, Francisco Ponce, José Jugo e Ignacio Ibarra, Mateo Salcedo y Martín Tovar Ponte, Antonio Ricaurte y Pedro Salias, Francisco Padrón, Manuel Sedeño y Manuel Villapol, oficiales probados en mil combates, orgullosos de su jefe, en cuyo valor y talento militar confiaban plenamente. Componían las tropas combatientes unos 3.000 hombres de infantería y caballería.

Todo lo previó el Libertador al establecerse en San Mateo y ordenar su campamento en espera del tremendo enemigo: los diversos probables puntos de acceso del enemigo y la topografía de los lugares fueron tomados en cuenta para el emplazamiento de su artillería y el estacionamiento de la infantería; la necesidad de evitar un cerco fatal por los realistas; la inutilización parcial de la caballería llanera; la elección de los sitios más adecuados para la defensa y el ataque, tomando en consideración la variedad topográfica de vallecitos, colinas, arroyos y poblado que le permitía ejercer un inteligente dominio de la situación y establecer sus obras de campaña. Su previsión llegó hasta proveer para el caso de un revés, que nunca es imposible en la guerra, madre de azares y sorpresas. Todo, en una palabra, está calculado con el mayor detalle, y al arribo de todas las tropas cuya concentración se ha ordenado, cada cuerpo, cada división ocupa el sitio que de antemano se le ha señalado. Las caballerías están perfectamente atendidas: tienen el riquísimo forraje de los cañaverales de la hacienda bendecidos por el trabajo y el sudor de los esclavos de Simón Bolívar el viejo en no interrumpida labranza hasta los del coronel Juan Vicente Bolívar y doña María de la Concepción Palacios Blanco de Bolívar, continuada por los administradores de sus huérfanos.

Boves y su segundo Morales tomaron el 26 de febrero posiciones frente al pueblo de San Mateo, en los cerros que limitan el valle por el sur. La sangrienta batalla se empezó el 28 y